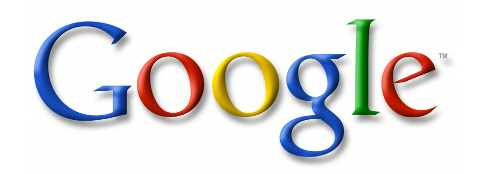

Google



EL TEATRO.

COLECCION

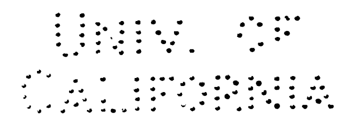
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MAYA,

COMEDIA DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1869.

LA MAYA.



LA MAYA,

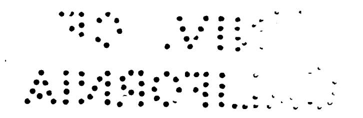
COMEDIA DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO.

Representada en el Teatro del Príncipe el 12 de Octubre de 1869.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.



PERSONAJES.	ACTORES.
CELIA	SRA. D.ª TEODORA LAMADRID.
ANA	STA. D.ª ELISA BOLDUN.
PEDRO RÉCIO, el Ganchoso	D. MANUEL CATALINA.
DIEGO PEREZ	D. FRANCISCO OLTRA.
EL DUQUE DE ALBURQUERQUE	D. BENITO PARDIÑAS.
DON CÉSAR, su hijo	D. FRANCISCO DOMINGO.
LORINO	D. MARIANO FERNANDEZ.
FELIPE IV	D. JUAN CASAÑER.
QUEVEDO	D. JUAN CATALINA.
LOPE DE VEGA	D. VICTORINO TAMAYO.

Damas, caballeros, pajes, alguaciles, pueblo, músicos y bailadores.

La escena pasa en el soto de Manzanares, en una casa de Madrid y en el palacio real.

NOTA. Los directores de escena pueden suprimir á su antojo los coros que juzguen innecesarios al efecto dramático.

J. E. Cebrian

ACTO PRIMERO.

Pradera en el soto de Manzanares: á derecha é izquierda, y repartidos convenientemente, árboles y tiendas de confituras, de buñuelos y bebidas. Á lo lejos se descubre la parte de Madrid que comprende desde San Antonio de la Florida hasta el convento de San Francisco el Grande, Á la derecha, se dibujan en gradacion vistosa algunos tendederos de ropas. Á la izquierda, y en el fondo, el camino que pasando por delante de San Antonio, se supone que conduce al puente del soto. Durante el acto no dejarán de pasar por la escena grupos de muchachos y muchachas, tapadas, caballeros, alguaciles, espendedores de frutas, etc., etc. Á lo lejos debe sonar siempre rumor de música y castañuelas, voces de los que venden, y carcajadas y gritos de los que se divierten.

ESCENA PRIMERA.

CELIA y ANA, presidiendo un corro donde se canta y se baila durante las dos coplas siguientes.

MÚSICA Y CORO.

Secándose va el rio
de Manzanares:

ya corre más con fuego
   que con cristales.
   Y es que le secan
con sus ojos ardientes
   las madrileñas.

—

Venid al soto, niñas,
   mozos alegres,
que eterno amor nos brinda
   Santiago el Verde.
   Viva este valle,
donde vienen los vivos
   á enamorarse.

—

CELIA. Vaya, descansad un rato,
no más baile por ahora,
que ni los piés lo agradecen
ni lo agradece la ropa.

ANA. (Con sorna.) Dice bien la madre Celia,
que si esto dura una hora
va á tener que comprar seda
para zurcir esta alfombra.

CELIA. (En igual tono.)
¡Niña, lo bueno aconsejo,
y tú contestas con sorna!
que se baile ó no se baile,
ya ves que á mí no me importa,
que no cuadran tales quiebros
á mis años ni á mis tocas.
¡Que la alfombra se deslustra!
Y qué me va en que se rompa?
Si alfombra de fina yerba
con el baile se destroza,
los claros que los piés hacen
quizás se pueblan de rosas,
que Dios, que todo lo mira,
con flores el campo borda.
Y callo aquí, pues no quiero
que cualquiera que me oiga,
diga que te trato en suegra
estando aun verde la boda.

ANA. Á mí!... ¡más que no madure!

CELIA. (Irónica.) ¡Digote que estás de gorja!
(Mirando fuera.)
Pero ved, junto al camino,
se ha atascado una carroza.

UNA MOZA. Pues á la puente, á la puente.

CELIA. Id, que yo me quedo sola.

TODOS. Pues adios.

CELIA. Adios, vecinas.
(Á Ana.) ¿No vás tú?

ANA. (Con aspereza.) No me acomoda.
(Salen todos cantando en coro.)
«Álamos del soto,
¿dónde está mi amor?
si se fué con otra
moriréme yo.» [1]

ESCENA II.

CELIA, ANA.

CELIA. (Entre ofendida y cariñosa.)
Ya que no hay nadie, mi vida,
hablemos un rato en calma.
¿Qué tienes, Ana del alma,
para estar tan desabrida?
Tan injusto desacato
no sé, niña, qué merece,
porque al hablarme parece
que estás tocando á rebato.
Te he dado alguna ocasion
para inspirarte recelos?
¿ó es, Anilla, que los celos
te muerden el corazon?

ANA. (Con desden.)
¡Quién!... ¿Yo celos? ¡es chistoso!...
¿De qué lo habeis colegido?...

CELIA. No sé: ¡Como aun no ha venido
á la pradera el Ganchoso!...

ANA. (Sonriendo, celosa.)
Si eso no me maravilla!...

---

1 Lope.

Para venir siempre es hora!...
¡Como tiene una señora
que le entretiene en la villa!...

CELIA. ¿Quién ha armado ese enredijo?...

ANA. Todo el demonio lo apura.

CELIA. Ana, quien así murmura
envidia tiene á mi hijo.

ANA. Envidia?...

CELIA. Sí, del favor
con que le miran tus ojos,
que yo sé que con enojos
mira un hidalgo su amor.

ANA. Un hidalgo?

CELIA. Y santiagués,
muy bizarro y de buen talle,
que fantasma de tu calle
á todas las horas es.

ANA. ¡Vaya un falso testimonio,
invencion de Belcebú!...

CELIA. Pues, hija, digo cual tú,
todo lo apura el demonio.

ANA. ¿Se alaba de que me ruega?...

CELIA. No digo yo que se alabe;
pero en fin, Pedro lo sabe,
y de celos no sosiega.

ANA. (Celosa.) Bien lo prueba esta mañana
cuando tan galan me busca!...

CELIA. ¿Ana, que mosca te ofusca
que sin memoria estás, Ana?

ANA. ¿Pues qué quiere que recuerde?

CELIA. Vaya que es cosa de chiste!...
tú anoche, no le dijiste,
«no voy á *Santiago el Verde?*»

ANA. Cierto que tal dije anoche.

CELIA. ¿Pues por qué te enojas, Ana?...

ANA. Mi conducta esta mañana
merece acaso reproche?...
Cuando con nueva razon
bajar mi padre dispuso,
¿no fué él mismo, como es uso,
á haceros la invitacion?

CELIA. Justicia en ello te hago,

y por honrada me doy,
que solo por eso estoy
en la fiesta de Santiago.

ANA. ¿No estaba Pedro en su casa?...

CELIA. Justo: y no estando en la clave...
mas como dejé la llave
y ya sabrá lo que pasa,
puedes, niña, presumir
que cuando á casa haya ido,
se habrá puesto otro vestido
y no tardará en venir.

ANA. ¡Ojalá que así no fuera!

CELIA. ¿Es ya ojeriza?... (Resentida.)

ANA. (Con disgusto.) No sé;
más me holgara por mi fe
que á Santiago no viniera.

CELIA. ¡Qué voltaria condicion!
¿Ahora el que venga te irrita?

ANA. ¡Qué sé yo!... ¡Si es que palpita
de un modo mi corazon,
que no sé qué mal me advierte
con sacudidas extrañas,
que me tiemblan las entrañas
y siento angustias de muerte!

CELIA. Celos!... ¡Qué infame pasion!
cuando punzan á cualquiera,
todo cuidado es quimera,
todo cariño es traicion!...
Vuelve en tu acuerdo y repara
que ellos son vanos antojos:
¿no tienes espejo y ojos
para mirarte la cara?
Si de tu gran perfeccion
pruebas los ojos te dan;
¿qué injustificado afan
conturba así tu razon?
¿Quién aventaja tu brio,
ó quién supera tu porte,
ni como dama en la córte
ni como moza en el rio?
¿Quién puede ser tu rival
ni tapada ni sin manto?

¡Si Santa Cruz toca á santo
cuando mueves el brial!...
¿No son tus ojos señuelos,
señuelos deslumbradores
como esos lazos traidores
que, cuajados de espejuelos,
encanto á las aves dan,
fingiendo luces y galas,
hasta que prenden sus alas
como al acero el iman?
¿Pues qué insensato rumor
alarma tu genio esquivo
contra un pájaro cautivo
en tu señuelo de amor?

ANA. Pues si otro lazo le apresa
maldigo yo mis señuelos!

CELIA. Jesus, qué lluvia de celos!
(Ofendida.) Hija, de oirte me pesa.
Á haber sabido que así
me ibas á dar la mañana,
ni por Cristo vivo, Ana,
hubiera venido aquí.

ANA. No se enoje. (Cariñosa.)

CELIA. Es que tu labio
está por demás prolijo,
que siendo honrado mi hijo
me ofende ya tanto agravio.

ANA. Digo que teneis razon:
¡le quiero con tal locura!...

CELIA. ¡Cuándo querrá Dios que el cura
os eche la bendicion!...

ANA. Perdóneme tanto exceso.

CELIA. Demos punto á estas razones,
y en prenda de mis perdones
toma un abrazo y un beso.

ANA. Déme cuantos quiera, madre,
que así mi fe se mantiene.

CELIA. Aguarda, que hablando viene
con un hidalgo tu padre.

ANA. Fosco llega! algo le muerde,
que viene con malos modos.

CELIA. Ay, Ana ¡mal para todos

se muestra Santiago el Verde!

ESCENA III.

DICHOS, DIEGO PEREZ, el DUQUE.

DIEGO. (Á Celia.) Huélgome que esteis aquí!...
(Á Ana.) Ana, déjanos un rato,
y vete á cuidar del hato,
que pronto iremos allí.
(Al Duque.) Os ofrezco mi prebenda.
DUQUE. Gracias.
CELIA. (Á Ana.) Espera á que llegue;
no hagas lumbre y te se pegue
con el humo la merienda.
ANA. Descuidad.
DUQUE. (Á Diego.) ¿Es ella?
DIEGO. (Secamente.) Pues!
DUQUE. Teneis por hija un tesoro!...
DIEGO. La honrais mucho.
DUQUE. Es como el oro
de la cabeza á los piés.
Disculpa da su belleza
á quien con su amor se esponja.
DIEGO. Basta, señor, de lisonja,
que se sube á la cabeza.
(Á Ana.) Vete digo.
ANA. (Retirándose.) Guárdeos Dios.
DUQUE. (Viéndola salir.)
Por Cristo, que es un lucero!
DIEGO. Celia, aqueste caballero
solicita hablar con vos.

ESCENA IV.

El DUQUE, DIEGO, CELIA.

CELIA. Conmigo?
DUQUE. Con ella?
DIEGO. Claro,
que esta señora es la madre
de ese mancebo celoso

de quien ha poco me hablásteis.

CELIA. Hable usarced lo que guste
y lo que le plazca mande,
que á su servicio me ofrezco
y estoy dispuesta á escucharle.

DUQUE. Pues óigame muy atenta,
que el asunto es importante.
¿Conocéisme?

CELIA. No por cierto,
que nunca os ví en otra parte.

DUQUE. Soy el Duque de Alburquerque.

CELIA. Por muchos años.

DUQUE. Soy grande,
y primo del rey.

CELIA. Me alegro;
¡que Dios mil años os guarde!

DUQUE. Un hijo tengo que hereda
las glorias de mi linaje.

CELIA. Os doy albricias por ello.

DUQUE. Como sangre de mi sangre,
quiero casarle á mi gusto
con quien sus timbres iguale.

CELIA. Es natural.

DUQUE. Pero es mozo
que tiene en poco su clase,
y sin respeto á mi nombre
quiere á su gusto casarse.

CELIA. Hace mal.

DUQUE. Lo mismo digo,
y eso me enoja.

CELIA. Mal hace,
que mal fin espera al hijo
que no respeta á su padre.

DUQUE. Eso temo, y á eso vengo,
que pretendo desviarle
del abismo á donde ciego
camina á precipitarse.

CELIA. ¿Y qué puedo yo?...

DUQUE. Á eso vamos.

CELIA. Pues diga.

DUQUE. Vamos por partes.

CELIA. (Ap.) Qué me querrá este buen hombre

con tantos preliminares?
DUQUE. El mozo quiere á esa niña
que partió de aquí há un instante.
CELIA. (Sorprendida.) ¿Á Anilla?
DUQUE. En cuanto á su gusto
no tengo que reprocharle,
que juro á Dios que tal moza
más que mujer es un ángel.
Mas su condicion humilde...
DIEGO. (Con orgullo.) Honor tiene!
DUQUE. (Con arrogancia) No es bastante
ser honrada y ser hermosa
para aspirar á ese enlace.
DIEGO. (Con enojo.) Y quién dice que ella quiera?
DUQUE. Diego, no hableis arrogante,
que el humor de la grandeza
con toda virtud da al traste.
CELIA. Vaya, señor, no haya miedo;
(Con risa irónica.)
sosiegue el pecho y descanse,
y guarde al niño en conserva,
pues juzgo que llega tarde.
DUQUE. Ya sé que teneis un hijo
que la enamora.
CELIA. Y no en balde,
que ella adora á mi muchacho
y no se opone su padre.
¿No es verdad, Diego?
DIEGO. (Con firmeza ruda.) Está dicho;
y pues yo lo he dicho, baste.
DUQUE. No basta, y vamos al caso,
que entra la segunda parte.
CELIA. (Con sorna.) Segunda parte esto tiene?
¡Pues ni que fuera romance!
DUQUE. (Á Diego.) Diego, esta misma mañana
no habeis tenido un mensaje?
DIEGO. Sí, señor; en coche y todo,
y del Rey.
CELIA. (Admirada.) Oiga, compadre,
¿y qué es ello?
DIEGO. El Rey pretende
poner una cruz que pasme,

y por maya de la fiesta...
CELIA. ¿Elige á Anilla?
DIEGO. Cabales.
CELIA. Y habeis aceptado?
DIEGO. Justo,
¿quién hace al Rey un desaire?
CELIA. ¿Lo sabe Pedro?
DIEGO. ¿Y qué importa?...
CELIA. Se encelará si lo sabe.
DIEGO. ¿Pretendeis que al rey desluzca
porque Pedro no se enrabie?
CELIA. Yo bien sé lo que me digo,
y no digo más. (Con fiereza.)
DIEGO. (Amostazado.) ¡Comadre!
Aun soy dueño de mi hija,
que hará lo que yo la mande.
DUQUE. Ya veis lo que me ha traido
á que os busque aquí y os hable,
que es tan testarudo Diego
que nada le persuade.
Yo sé que Pedro es celoso,
y que ademas no es cobarde;
mas sé tambien que mi hijo
es galan, tiene coraje,
y á todos nos interesa
no dar ocasion á un lance.
Evitaros un disgusto,
y un gran disgusto evitadme;
que si por estos amores
me sucediera algo grave,
juro... (Templándose.) Callo lo que juro,
(Con ira.)
que no es bien que os amenace:
(Con intencion.)
El Duque soy de Alburquerque,
primo del Rey: ¡Dios os guarde!
(Váse.)

ESCENA V.

DIEGO y CELIA se miran con asomb o.

CÉLIA. Juro que con ese juro
se me han crispado las carnes!...
DIEGO. Por Dios que con la amenaza
se me ha encendido la sangre.
Si excesos teme del hijo,
¿no le toca sujetarle?
Pues proceda como debe,
como noble y como padre,
y no venga aquí á meterse
en los asuntos de nadie.
CELIA. Tornemos, Diego, á la villa.
DIEGO. Tornar? Cuando el sol se apague.
¿He venido yo á Santiago
para que Anilla no baile?
CELIA. Y va á la cruz de la córte?
DIEGO. Pues no quereis que homenaje
le rinda la córte entera
si esto es honrarla y honrarme?
CELIA. Prevenid á Pedro.
DIEGO. Nunca,
Pedro hará cuando se case
lo que más quiera; yo ahora
haré cuánto más me cuadre.
CELIA. Pero...
DIEGO. (Irritado.) No hay pero que valga;
no se hable más.
CELIA. No se hable;
vamos á buscar á Anilla.
DIEGO. Pues echad vos por delante.

ESCENA VI.

Pasa un CORO de mozos y mozas cantando, y detrás de ellos D. CÉSAR muy galan, con cruz de Santiago.

CORO. *Este, madre, es Santiago,*
Santiago el Verde;

quien bajó sin amores
con ellos vuelve.

(Desaparece el CORO que se pierde á lo lejos entre el rumor de voces confusas y castañuelas.)

CESAR. ¿Dónde se oculta mi dama
que ni rastro suyo noto,
y eso que he corrido el soto
flor á flor y rama á rama?
¿Cómo no luce su llama
que alma rinde por despojos?
Salga á ostentar sus enojos,
pues su rigor ya es costumbre,
aunque muera yo en su lumbre,
mariposa de sus ojos.—
¿Cómo tiene luz el valle
si ella al soto no ha venido?
Si está aquí! ¡Si lo he sabido
por un mozo de su calle!
¿Mas dónde oculta su talle
y aquellos ojos benditos,
que hacen que, en alegres gritos,
rompan las aves en salva,
creyendo que sale el alba
con mi sol de Leganitos?
Céfiros de la alameda
que en giro sonoro y blando,
mis suspiros vais llevando
en vuestras alas de seda:
decid á la que me veda
que mi pasion la recuerde,
que salga á ver lo que pierde
el mundo con su rigor,
que sin ella no hay amor,
ni gala en Santiago el Verde.
Cada vez estoy más loco,
cada vez más la deseo,
pues cada vez que la veo
mayores desdenes toco.
Dicen que me tengo en poco
por ir de su amor en pos,
¡Necios! Igual á los dos,
nos hizo naturaleza,

que ella tiene en su belleza
la ejecutoria de Dios.—
En vano de orgullo ciego
mi padre contra mí clama,
que más se irrita mi llama
miéntras más vivo es su ruego:
Grite el mundo sin sosiego,
la envidia murmure y ladre:
haga yo lo que me cuadre
aunque me mate esta herida:
¿Qué me importa á mí la vida
sin su amor?...—¡Cielos!... mi padre!—

ESCENA VII.

D. CÉSAR, el DUQUE.

DUQUE. Ya ves como Dios se goza
en castigar al que miente;
has venido, y en la puente
te se ha roto la Carroza.
CESAR. (Confuso.) Padre...
DUQUE. (Severo.) Piensa por tu vida
en ello; que de esta suerte,
acaso el cielo te advierte
que aguardes mayor caida.
Que siempre advierten castigo
estas cosas, al que avieso
desoye torpe y sin seso
la voz de un padre y amigo.—
Me ofreciste no venir,
y al fin te encuentro en el soto;
ya que la carroza has roto
no me des más que sentir.
vuélvete á Madrid.
CESAR. (Muy cariñoso.) Señor...
Pues aquí, ¿qué mal os hago?
¿Estando vos en Santiago
no estaré con vos mejor?
DUQUE. Argumento peregrino
digno de tu discrecion;

más es otra tu intencion,
y yo, César, la adivino.
De un amor indigno en alas
has penetrado en el soto;
que harto en tu cara lo noto
y harto lo noto en tus galas.
No es de tu padre el querer
el que en tí pide y reclama:
es que á este sitio te llama
el amor de una mujer.
Amor impropio de tí,
y de mi honor, que es primero;
por esto, don César, quiero
que al punto salgas de aquí.

CESAR. Pues bien, señor, es verdad:
(Con entusiasmo y resolucion.)
¿por qué negarlo? la adoro:
¡Si esa niña es un tesoro
y me ciega su beldad!...
¿Quién os diera, señor, verla,
para ver con loco anhelo,
que no tiene estrella el cielo,
que no tiene la mar perla
que se la pueda igualar
en limpieza y compostura?
¡Padre, si es tal su hermosura
que no os la puedo pintar!
En su faz encantadora
la luz de Dios resplandece;
cuando sonrie parece
que se sonrie la aurora.
Anda con tanto desgaire,
que en mi amoroso delirio
la juzgo, señor, un lirio
columpiado por el aire.
Donde pisa nacen flores,
y en pos de ella, con afan
moviendo sus alas van
ébrios de amor los amores.
Cuando ví sus gracias sumas
quedé absorto de placer;
¡que tal debió de nacer

Venus entre las espumas!
Desde entónces llevo aquí
grabada su imagen bella:
dejadme morir por ella
aunque no me quiera á mí.

DUQUE. Deten esa infame lengua
y sella ese torpe labio,
que de escucharte me agravio
y me irrita tanta mengua.
Si de tu cariño en pago
tan solo encuentras desdenes,
¿qué buscas aquí? ¿á qué vienes
á la fiesta de Santiago?
¡Á que se mofe de tí
quien la sirve y enamora?
¡Vive Dios que me desdora
cuanto te he escuchado aquí!
Otro la quiere.

CESAR. (Celoso.) Sí á fe.

DUQUE. Y ella á su amor corresponde.

CESAR. Lo sé.

DUQUE. (Conteniendo su ira.) Si no te se esconde,
qué es lo que intentas?

CESAR. (Medio desvanecido y conteniéndose.) No sé.

DUQUE. No lo sabes?... ¡Loco estás!...

CESAR. Loco? Puede que lo sea;
mas dejadme que la vea,
mi amor no pretende mas.

DUQUE. De afecto que no va en pos
de galardon, ¿qué se infiere?

CESAR. Ay, señor, ¿pues no se quiere
con afecto puro á Dios?
Amar por gusto de amar,
adorar sin obtener,
eso, señor, es querer,
eso se llama adorar.
¿Qué importa vivir sin calma?
Qué importan celos y enojos?
Mírenla una vez mis ojos,
que en sólo ver goza el alma.

DUQUE. (Esforzando su enojo.)
No me seduce el ardid

de tan sutil argumento:
yo te mando que al momento
la vuelta des á Madrid.

CESAR. (Afectando humildad.)
Está bien: ya os satisfago.

DUQUE. Es que si no vas derecho,
he de arrancar de tu pecho
la roja cruz de Santiago.

CESAR. Baste, señor, de reñir: (Le besa la mano.)
guárdeos Dios.

DUQUE. Que Dios te guarde.

CESAR. (Ap. saliendo.) Daré la vuelta más tarde;
sin verla no me he de ir.

ESCENA VIII.

El DUQUE, siguiéndole con la vista.

¡Vive Dios que me contrista
su pasion cada vez más!
Quiero seguirle detrás
y no perderle de vista.
Que el amor de esa mujer
puede traerle algo grave:
si ve á su rival... ¿quién sabe
lo que puede suceder?
(Sale por el mismo sitio que D. César. Queda la escena sin más que los vendedores, y suenan dentro el ruido del baile y de los músicos que cantan esta copla.)

CORO.

Madrecita del alma,
calla y no reces;
que allí viene el mancebo
que á mí me quiere.

ESCENA IX.

PEDRO RECIO, con una guitarra, y LORINO.

LORINO. Ya estamos, Pedro, en el soto.

PEDRO. ¡Dios nos la depare buena!
LORINO. Echa dos puntos al punto
al bolso y la faltriquera,
que á vuelta de cada mata
nos saldrá una pedigüeña,
que aquí toda boca pide
y hay manos que están de pesca.
PEDRO. ¿No ves á nadie, Lorino?
LORINO. Pues no he de ver!... ¡Buena es esa!...
¡Si tengo, Pedro, más ojos
que un revendedor de yesca!
Escucha bien lo que veo.
PEDRO. (Vivamente.) Quién es aquel que se aleja?
¿No es el santiagués, Lorino?
LORINO. (Mirando.) El mismo.
PEDRO. ¡Se aguó la fiesta!.
(Ap. y mirando atentamente fuera.)
Él aquí!... ¡Voto al demonio!
No debe estar léjos ella!
(Á Lorino.) No has dicho que esta mañana
le viste junto á su puerta?
LORINO. Cuántas veces he de darte
nuevas, Pedro, de tal nueva?
Como un perro de tornero
daba vueltas y revueltas,
mirando las celosías,
las ventanas y las rejas.
Yo, al cabo, compadecido
de sus ojos y sus piernas,
salí á la calle y le dije:
—«En vano usarced pasea,
que los vecinos de enfrente
se han marchado con la fresca.»
—«¿Al soto?» indagó curioso:
—Y yo dije:—«¡Y con merienda»!...
Y sin decirme palabra,
ni inclinarme la cabeza,
echó por la calle abajo
lo mismo que una centella.
PEDRO. No sé que pensar, Lorino,
de tan pesada insistencia;
que sin tener esperanzas

nadie á tanto se atreviera.

LORINO. ¿Dudas tienes?

PEDRO. Celos tengo,
que á fe que me escarbajea
eso que nos ha contado
la Cardoncha!...

LORINO. ¿Eso te quema?
¿Pues no sabes que esa moza
tiene una daga por lengua?

PEDRO. ¡Pararse á su puerta un coche!...

LORINO. Yo pongo á que fué carreta,
y ella por coche lo ha dado
por meteros en pendencia.
Bah!... dejémonos de cuentos
y echemos por la alameda,
que por Dios que nunca he visto
más galana concurrencia.
Siempre que llega éste dia
siento en el pecho una gresca,
que hasta que viene la noche
mi corazon no sosiega.
Y es que hay aquí tales mozas,
doncellas... y no doncellas,
damas de copete y manto,
fregatrices descubiertas,
niñas de empuje y de rumbo
de delantal y chinelas,
que al verlas, Pedro, el demonio
siento que me cosquillea,
y toro de la Moncloa
me voy al bulto tras ellas!
Pues qué te diré del rio?
¡Si tiene unas lavanderas!...
Por hallarme yo en sus manos,
¡en jabon me convirtiera!...
Pues qué es ir de corro en corro
tañendo de castañuelas,
hecho sastre de cinturas
y gulusmeador de jetas?
¡Si parece que en tal dia
no hay en Madrid una fea!
¿Qué ha de haber? si hasta muchachas

me parecen hoy las viejas!
y este eterno vocerío?
y estos puestos? y estas tiendas?...
¿Y esos verjeles copudos
que parecen covachuelas,
donde se esconden las niñas
y los novios las encuentran?
Válgame Dios!..., vamos Pedro,
tomemos parte en la fiesta,
que el sitio dice «comedme,»
y el cuerpo me pide guerra.

PEDRO. (Deteniéndole.) Aguarda un poco, Lorino.
LORINO. ¿Qué sucede?
PEDRO. Que aquí llega
un coro de bailadoras,
y Ana acaso entre ellas venga.
LORINO. Pues echémonos á un lado,
que un álamo tienes cerca.
PEDRO. Pongámonos á su sombra.
LORINO. ¡Bonito puesto de espera!...
(Se apartan y se colocan bajo un álamo.)

ESCENA X.

CORO DE MOZOS y MOZAS cantando.

Dónde está la que busco
dónde está, madre?
¡Qué triste que está el soto
de Manzanares!
Las flores no murmuran,
callan las aves:
¡qué mudo que está el rio!
¡que quieto el aire!
Rios, pájaros, flores,
vientos suaves,
¿dónde está la que adoro?
¡Nadie lo sabe!
Celos y amores juntos
me matan, madre:
buscando voy mi niña,
la busco en balde.

¡Ay, qué sólo está el rio!
Tambien la márgen!
Qué callados los olmos!
Qué mudo el valle!
¡Ay qué tarde más triste
me da mi amante!
Y es que siendo lucero
saldrá muy tarde.

PEDRO. Ah! Parece que esas coplas
están hechas á propósito!
Lorino!... ¿No la descubres?
LORINO. Pedro, yo no. ¿Y tú?
PEDRO. Tampoco.
¿Por dónde se habrán metido?
LORINO. Ensancha el pecho, Ganchoso,
que allí asoma. (Señala á la izquierda.)
PEDRO. No la veo.
LORINO. Repara entre aquellos olmos. (Sale Ana.)
PEDRO. ¡Salió el sol!
LORINO. Pues ya te ha visto.
PEDRO. Pues déjanos aquí solos,
y entreten á esas muchachas
mientras hablamos un poco.
(Lorino se mete en el corro.)

ESCENA XI.

PEDRO, ANA, ambos en tono desabrido.

ANA. Gracias á Dios que has llegado!...
¿Cómo has venido tan pronto?...
PEDRO. Porque he querido.
ANA. Bien hecho:
más luz y ménos estorbos.
PEDRO. Ana!... no me afufes, Ana!
ANA. Pues no vienes poco fosco!
PEDRO. Mira que dentro del pecho
me está punzando el demonio!
¿No me perjuraste anoche
que no bajabas al soto?
Por qué en el soto te miro
tan acabada de adornos?

¡Rizado y florido el pelo!
toquilla de gasa al rostro!
¡Tú trocada en arandela
para ensanchar tus contornos!
¡Tú con justillo de raso!
Con arracadas de á folio!
¡Con basquiñas enfaldadas
y con zapatillos cortos!
Por la vida de mi madre,
Ana, que no te conozco:
¡Ayer con parda albanega
y hoy con tantos perifollos!
¿Qué quieren decir, mi vida,
estos trueques portentosos?
El santiagués que te sigue,
aquel del lagarto rojo,
¿te ha mandado que te enrubies
para gala de sus ojos?

ANA. Pedro!... no me afufes, Pedro.

PEDRO. Válgame Dios y qué tono!

ANA. Mira que son tus palabras
afrenta de mi decoro.
Tambien tú dijiste anoche
que no bajabas al soto,
y hoy en el soto te encuentro
más apuesto que un Medoro.
Sombrero de lazos llevas
con faldas á lo rumboso;
cuellos de Flandes caidos
son en tu pecho despojos,
y ese jubon y esas galas
hoy te convierten en godo.
¡Tú, con coleto de ante!
¡Con daga de plata el pomo!
¡Tú, con vihuela en las manos
y presumiendo de Apolo!
¡Por la vida de mi padre,
Pedro, que no te conozco!
¡En traje ayer de cristiano
y hoy con ribetes de moro!
La dama aquella del Prado,
del Prado de San Gerónimo,

¿te quiere á lo barbilindo
para gala de sus ojos?

PÉDRO. Yo no afronto á tal tarasca.

ANA. Ni yo al Santiagues afronto.

PEDRO. ¿Qué me importa á mí su pompa?

ANA. Ni á mi su cruz ni su todo?

PEDRO. Por tí vengo yo á Santiago.

ANA. ¿He bajado yo por otro?

PEDRO. Si tú eres, Ana, mi gloria!

AMA. Y tú, Pedro, mi tesoro! (Se dan las manos.)

PEDRO. Pues riñas al mar, y hablemos
de otro asunto.

ANA. Pues dí pronto.

PEDRO. Héme hallado á la Cardoncha,
la nieta de Juan el Chozno.

ANA. Y que te ha dicho?

PEDRO. Me ha dicho
que una carroza con toldo,
hoy se ha parado á tu puerta
siendo cebo de chismosos.

ANA. Y que más dijo?

PEDRO. Ha contado,
que una dama de alto bordo
ha entrado á hablar con tu padre
de parte del Rey Católico.
Es verdad?

ANA. No te ha mentido

PEDRO. Y qué es ello?

ANA. (Con malicia.) Eres curioso!

PEDRO. (Con cariño.) No quieres que me sorprenda
todo un mensaje del trono?

ANA. Pues á fe que has de saberlo,
que el asunto es harto honroso.

PEDRO. Pues cuenta.

ANA. Ya sabes, Pedro,
que es costumbre entre nosotros,
celebrar la Cruz de Mayo
con festejos y jolgorios.

PEDRO. (Con pasion.) Pues no quieres que lo sepa?
¿No he de saberlo, pimpollo,
si en la Cruz de Leganitos
me cautivaron tus ojos?

¿Cuando ha visto Madrid, Maya
de más brio y requilorios
que la que el año pasado
fué de la córte el asombro?

ANA. (Con coquetería.)
Calla, Pedro, y no me adules,
que juro que me abochorno.

PEDRO. (Con pasion.) Callo, y perdona, mi vida,
que hablo así, porque te adoro.

ANA. Pues bien, del triunfo de antaño,
sin duda el Rey noticioso,
cruz en palacio dispone
por dar á la córte gozo.

PEDRO. (Sorprendido.) Y á tí te elige por Maya?

ANA. (Con énfasis.) Con privilegio notorio
de ser reina de la fiesta
con cetro, corona y sólio.

PEDRO. Y asiente tu padre?

ANA. Asiente.

PEDRO. (Con ira.) Vive Dios!... ¿Tu padre es tonto?
Pues no mete á su cordera
en una jauria de lobos?

ANA. (Con enojo.) Pedro, tornas á los celos?

PEDRO. (Airado.) Pues no he de estar de retorno,
si el santiagués que te sigue
debe causar este embrollo?

ANA. (Con enfado.) Y qué importa que lo cause?
Me ha de comer ese mozo?

PEDRO. Ana, otro mar es la córte,
mar empedrado de escollos:
á gran naufragio se expone
quien va á ese mar sin piloto.
No vayas, Ana, á palacio.

ANA. (Indignada.) Qué dices, Pedro; ¿estás loco?
Mi padre dió su palabra
y es su palabra ante todo.

PEDRO. (Con imperio.) Pues yo mando que no vayas.

ANA. (Con desden soberbio.)
¿Qué es mandar? Eres mi esposo?

PEDRO. No lo seré si tal haces.

ANA. (Riendo.) Pues busca otra novia, bobo.

PEDRO. (Deteniéndola.) Ana!...

ANA. Basta de palabras
(Volviéndole la espalda.)
que está esperándome el corro.

ESCENA XII.

DICHOS, D. CÉSAR.

CESAR. Ah!... Ya la veo!... Dios mio!...
de gozo el alma fallece!.
ANA. (En el corro.) Vamos á bailar, Lorino,
que está Pedro de mal temple.
LORINO. ¡Que me entierren en tu cama,
pimpollo!...
CESAR. (Penetra en el corro y aparta á Lorino.)
Viva quién puede!...
LORINO. Qué es esto?
CESAR. Apártate á un lado,
que este sitio me conviene.
PEDRO. (Ap.) Vive Dios!... ¿Qué estoy mirando?
¿El santiagués no es aqueste?
ANA. (Ofendida.) ¿Qué quereis aquí?
CSEAR. Lucero!
¿qué he de querer, sino verte?
Harto sabes que te busco,
y harto sabes que me tienes
cautivo en los bellos ojos
que en tu cara resplandecen.
ANA. Buscad con quien divertiros,
que esas palabras me ofenden;
(Pedro sigue celoso los movimientos del diálogo.)
que no soy yo de esas damas
de lechuguilla y copete,
que tales requiebros sufren
y tales burlas consienten.
CESAR. Es decir ¿que me desprecias?
Pues vive Dios que me hieres,
y que tus frases me queman
y me abrasan tus desdenes.
ANA. No está la fuente muy lejos!
Id, caballero, á la fuente,
que las aguas cristalinas

acaso su fuego templen.
CESAR. No será sin que al partirme
la miel de tus labios pruebe,
que abeja soy que entre flores
busca cosecha de mieles. (La da un beso.)
ANA. Jesus! (Cubriéndose el rostro.)
PEDRO. (Entrando en el corro.) Infame! ¿qué has hecho?
saca esa espada
ANA. (Conteniéndole.) Detente!
¡Pedro mio!... no te pierdas!...
PEDRO. Aparta, que probar debe
si como sabe dar besos
reñir sabe y ser valiente.
(Riñen y D. César se retira hasta que los dos desaparecen de la vista del público.)
ANA. (Desesperada.) Tenedlos... favor, Dios mio!...
LORINO. (Gritando.) Aquí del rey.
CESAR. (Dentro.) Cielos!
PEDRO. (Dentro.) Muere.
TODOS. (Mirando dentro.) Jesus!
PEDRO. (Sale y huye limpiando la daga.) La abeja que pica
el punzante rejon pierde. (Huye.)

ESCENA XIII.

DICHOS, CELIA, DIEGO.

CELIA. (Á Ana.) Ana, ¿qué es eso?
DIEGO. Qué ocurre?...
CELIA. Estás temblando!...
DIEGO. Qué tienes?...
ANA. Ay, madre Celia!... (Abrazando á Celia.)
DIEGO. (Asustado.) Muchacha,
habla pronto!... ¿qué sucede?
ANA. No puedo hablar!...
CELIA. (Á Diego.) Traed agua!...
DIEGO. (Irritado.) ¿Quién viene aquí con mujeres?
(Se acerca á un tenducho á pedir agua.)

ESCENA XIV.

DICHOS, el DUQUE, le rodean mozos y mozas.

DUQUE. (Ap.) Entrar le ví en este corro!
(Se oye música dentro como al empezar el acto.)
MOZA 1.ª Á un señor caballero (Vivamente.)
galan y alegre,
por besar á una niña
le han dado muerte.
MOZA 2.ª Se quemó en unos ojos,
picó en claveles.
MOZA 3.ª La abeja cuando pica
dicen que muere.
MOZA 1.ª ¡Mala fiesta le ha dado
Santiago el Verde!
MOZA 2.ª Bajó mozo y con vida,
sin ella vuelve!...
DIEGO. Aquí tienes el agua,
tómala y bebe.
DUQUE. ¿Dónde se encuentra el muerto?
MOZA 3.ª Muy cerca... vedle. (Señala donde ha caido.)
DUQUE. Cielos!... ¡César!... mi hijo!... (Con espanto.)
¿Quién fué el aleve? (Entra precipitadamente.)
TODOS. Pedro Recio el Ganchoso!
CELIA. (Cayendo desmayada en brazos de las mozas.)
Cielos! Valedme!...
DIEGO. ¡Maldito el hombre sea
(Arrojando el vaso)
que al soto viene!...
ANA. (Abrazando á su padre.)
¡Ay! qué dia me ha dado
Santiago el Verde!...

ESCENA XV.

DICHOS, ALGUACILES.

ALG. ¡Ténganse á la justicia!
TODOS. (Huyendo y chillando.)
¡Huy! ¡los corchetes!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una habitacion modesta, adornada al gusto de la época. El muro que cierra la decoracion tendrá tres huecos; el de la puerta de ingreso que estará en el centro, y los que formen dos rejas rasgadas, laterales, con vuelo á la calle, si bien estarán preparadas con celosías de arriba abajo, de modo que por entre los cruceros de ellas se divisen las luces y las gentes que por la calle atraviesen de vez en cuando.—Puertas á derecha é izquierda, qué conducen á las habitaciones interiores: algunas imágenes en las paredes, y en parte más visible, la de una Dolorosa.—Un velon sobre una mesa.

Ana, arrimada á una de las rejas, parece escuchar los cánticos y las músicas que pasan por la calle.—Está anocheciendo.

ESCENA PRIMERA.

CORO, fuera, ANA.

CORO. *Es la cruz de esta calle*
la verdadera,
que la hallaron los ojos
de santa Elena.
Divina cruz de Cristo,
sagrado emblema,

tus brazos me den gloria
cuando yo muera.

(La música y el Coro se alejan hasta perderse.)

ANA. (Separándose tristemente y limpiándose las lágrimas.)

¡Contrastes son de la vida!
¡unos cantan y otros rezan!
¡Cantan los que están alegres!
¡lloran los que tienen penas!
¿Quién me dijera hace un año,
quién há un año me dijera
que hoy fueran ayes y duelos
las dichas de aquella fiesta?
¡Si aun parece que le miro
penetrar por esa puerta,
más galan que Gerineldos
derramando gentileza,
siendo envidia de los hombres
y el sueño de las doncellas!...
Ay! sus ojos no eran ojos;
¡relámpagos de luz eran!
que más brillo despedian
que un altar lleno de cera.
¿Por qué le miré, Dios mio?
Por qué le escuché de cerca?
Si hechizos hallé en sus ojos,
esclava fuí de su lengua,
que eran sus dulces palabras
como la miel alcarreña.—
Hoy ausente de mi lado!...
Hoy ausente! ¡y con qué ausencia!...
¡Con la ausencia del que teme
ser de la justicia presa!—
¡Dos dias há que estoy loca!...
¡Dos dias há que estoy ciega!
que estar dos dias sin verle
es vivir entre tinieblas.—
Ay, soto del Manzanares,
¡mal haya quien te recuerda!
¡que en tí acabaron mis glorias
y en tí mi desdicha empieza!
(Se sienta llorando.)

ESCENA II.

ANA, DIEGO, saliendo de su estancia.

DIEGO. Ana!
ANA. (Yendo á él.) Padre!...
DIEGO. Ya es de noche,
hora es de que luz enciendas.
ANA. (Enciende con una pajuela.)
Allá voy:—¡Dios sea alabado!...
DIEGO. (Santiguándose.)
Hija, muy santas y buenas!
¿Qué hacias?
ANA. Llorando estaba.
DIEGO. ¿Llorando?... Dios te dé fuerzas!...
Si así sigues mucho tiempo,
vas á enfermar!
ANA. (Con desaliento.) Y aunque muera,
qué se pierde?
DIEGO. (Ofendido.) ¡Voto al diablo,
que me encanta la respuesta!
¿En tanto á tu padre tienes
que así la muerte deseas?...
ANA. Desear!... ¡Si hace dos dias,
padre mio, que estoy muerta!...
DIEGO. (Comprimiendo su enojo.)
Esto es, señor, tener hijas!...
¡Mal haya quien las anhela!...
¡Dése usarced dia y noche
al trabajo y la faena
de criarlas cuando chicas,
de honrarlas cuando mozuelas!
Pierda usarced el estambre
por vestirlas y prenderlas:
pase usarced en vigilia
las noches si están enfermas,
gaste para darlas gusto
cuanto gane y cuanto tenga,
y al cabo de la jornada,
¡ya verá el pago que lleva!...
Llega el primer barbilindo

á los hierros de su reja;
la regala cuatro frases,
la dice cuatro ternezas,
y con ternezas y flores,
y dengues y castañetas,
logra el mozo más cariño
que el padre en su vida entera!...

ANA. Padre mio!...

DIEGO. Voto al diablo!...
tráeme la capa y la negra.

ANA. Espada y capa?

DIEGO. Eso quiero.

ANA. Pues adónde vais?

DIEGO. Voy fuera,
¡á ver, pues que estás sin vida,
si encuentro quien te la vuelva!...

ANA. Ay, padre!... ¿Vais á buscarle?...

DIEGO. La noche es noche de gresca,
y al amparo de la sombra
quizás nos ronde la puerta.

ANA. Teneis razon, padre mio!
¡Haga el cielo que parezca!...
voy por la capa al momento. (Sale.)

DIEGO. (Viéndola salir.)
Eh! ¡ya se va tan contenta!...
¿Qué importa que el padre sufra?
¡Así son todas las hembras!...

ESCENA III.

DIEGO, solo.

Pero qué importa?—¡Es mi hija!
¿qué no hiciera yo por ella?...
¡Por no mirar lo que sufre
diera el licor de mis venas!...
(Tocan á la puerta.)

ESCENA IV.

DIEGO, ANA.

ANA. Aquí están.

DIEGO. Pues ve quien llama,
y abre al punto; (Rumor fuera.) pero espera:
gran rumor suena en la calle!
¿Qué diablos de zambra es esta?...
(Cada uno va á una reja y por entre las celosías se descubren alguaciles con hachas de viento.)

ATA. Una ronda de alguaciles!...
¡Es un pregon!

DIEGO. Ya comienza.

VOZ. (Dentro.)
«Sepan cuantos esto oyeren
»lo que el rey manda y ordena;
»y es que muerte de garrote
»sufra en la plaza cualquiera
»que á Pedro Recio el Ganchoso
»encubrir ó guardar pueda.
»En nombre de su justicia
»lo llama la real audiencia,
»que en Santiago mató á un hombre,
»y á tal delito, tal pena.»

ANA. (Quitándose de la reja espantada.)
Jesús me valga!

DIEGO. (Haciendo lo mismo.) ¡Maldito
mil veces el pregon sea!...

ANA. Padre mio! (Arrojándose en sus brazos.)

DIEGO. Hija del alma!...

ANA. Ay, Pedro!

DIEGO. (Con vivo cariño.) No te contengas,
llora!... corazon que llora,
al cabo alivia sus penas.
(Se oye otro rumor.)

ANA. Otra vez?...

DIEGO. (Tapándola los oidos con fiereza.)
Ah!... no lo escuches!...

ANA. Madre de Dios!...

DIEGO. (Estrechándola fuertemente.) Reza!... reza!...

(Atraviesa la calle un CORO cantando y se va desvaneciendo por grados.)

Galanes de la villa
que á la cruz llegan:
digan si han visto Maya,
Maya cual esta.
Ojos de cielo tiene
boca de perlas,
palidita es su cara
como azucena.

(Se calla la música de repente.)

DIEGO. ¡Dichosos de los que cantan!...
quien canta su mal amengua!
Esta es la vida!... ¡Reniego!
¡vaya si la vida es perra!

ANA. (Con el mayor fervor.)
Cruz de Mayo, cruz divina
que á la de Dios representas,
¡por el que murió en tus brazos
que á mi amor ampares!...
(Llaman de nuevo.)

DIEGO. Cesa:
segunda vez han llamado.

ANA. (Con terror.) ¿Quién será, padre?

DIEGO. No temas:
yo abriré: (Abre.) pase quien llama.

CELIA. (Entra despavorida.)
¡Dios me valga!

ANA. (Yendo á ella presurosa.)
Ay madre Celia!
(Diego cierra de nuevo.)

ESCENA V.

DICHOS, CELIA, sin poderse tener, se apoya en Ana.

CELIA. Jesús!... ¡qué horrible pregon!

ANA. (Vivamente.) Padre, acudid.
(Acude Diego á tenerla.)

CELIA. ¡Ni andar puedo!
¡de dolor, de espanto y miedo
se me rompe el corazon!...

ANA. (La pone una silla.)
Sentaos.

CELIA. (Con la vaguedad del terror.)
Yo estaba ahí!...
llamé... no abrísteis la puerta...

ANA. Y habeis oido?...

CELIA. Caí muerta
luégo que el pregon oí!

DIEGO. Ah qué horror!

CELIA. ¡Qué sabeis vos
lo que en el alma sucede?
Tan sólo hablar de esto puede
la santa Madre de Dios.
(Fijándose en un cuadro de la Virgen.)
Ya alcanzo lo extraordinario
de tu dolor, Vírgen pura!...
¡Qué horrible fué tu amargura
caminito del Calvario!
¡Qué sensaciones extrañas
en el pecho sufririas,
cuando pregonar oias
al Hijo de tus entrañas!
Si no hay más duro rigor!
Si esto de lo humano sale!
Si no hay dolor que se iguale
á este insondable dolor!
¿Cómo pudiste sufrir
pesar tan largo y prolijo?
¡Ver maltratar á tu hijo,
y luégo verle morir!

DIEGO. Vamos templad los enojos;
(La presenta un vaso de agua.)
bebed agua.

CELIA. (Con inmenso desconsuelo.)
No, jamás!
¡Agua!... ¿puedo beber más
que la que vierten mis ojos?

ANA. (Abrazándose á ella.)
Ay madre!

DIEGO. (Entre enternecido y enojado.)
¡Voto á Luzbel!
Si seguís así las dos,

¿cómo quereis, vive Dios,
que Diego salga por él?...

CELIA. (Levantándose vivamente.)
¿Sabeis dónde está?

DIEGO. (Resuelto.) Yo no;
mas sabré dónde se encierra,
y aunque le oculte le tierra
con él al fin daré yo.

CELIA. Pues id, que apremian los plazos;
y si dais con él...

DIEGO. (Con energía.) Vendrá!

CELIA. ¿Qué humano poder habrá
que lo arranque á nuestros brazos?
Estando unidas las dos,
yo su madre y tú su amante;
¿quién tendrá poder bastante
para hacerlo?

ANA. (Con energía.) ¡Sólo Dios!

CELIA. No es verdad que no hay poder
que á nuestro poder supere?
Dios me dices; ¡si Dios quiere
lo que quiere una mujer!

DIEGO. Acabareis?

CELIA. (Vivamente.) Dios os guarde:
partid y no andeis reacio.

DIEGO. Voy... (Volviendo á Ana.)
No olvides que á palacio
has de ir, y que ya es tarde.
Cuando las ánimas den
que estar preparada tienes.

CELIA. (Ap. asombrada.)
¿Qué escucho?

ANA. ¿Y qué me previenes?

DIEGO. Que estés vestida.

ANA. (Con resignacion dolorosa.)
Muy bien.

(Sale Diego y Ana cierra la puerta.)

ESCENA VI.

CELIA, ANA.

CELIA. (Indignada.) ¡Palacio en esta ocasion!
ANA. (Confusa.) Madre!
CELIA. ¡Deja que me asombre!
ANA. Si él manda!...
CELIA. (Airada.) Pero ese hombre,
¿qué tiene por corazon?
Cuando tu amor en pregones
por plazas y calles anda,
¡él piensa en la zarabanda
y en cruces y en diversiones!
Es esto tenerle ley?...
Es justo que tan mal obre?
ANA.. ¿Y qué puede hacer el pobre
contra el mandato del rey?...
CELIA. —¡Llevarte á la cruz por Maya,
cuando la ley va detrás
de tu amor!... No puedo más,
Ana, deja que me vaya. (Intenta partirse.)
ANA. (Deteniéndola.) Madre!
CELIA. ¡Si me desconcierta
prevencion tan fementida!
¿Por qué no dejé la vida
en el umbral de esa puerta?
¡Si tal vez á tí te cuadre
tal fiesta!
ANA. (Llorando.) ¡Injusto rigor!...
¡Si es mi amor!
CELIA. (Desesperada.) ¡Si no hay amor
como el amor de una madre!
¿Qué dirá el bien por quien vivo
si sabe que fuiste allí
mientras él va por ahí
pregonado y fugitivo?...
¿Qué mujer fuera capaz
de andar de fiesta y bureo,
cuando su amor huye reo
sin arrimo ni solaz?

ANA. (Desesperada.) Pero qué puedo yo hacer
contra el mandato de un padre?

CELIA. Nada: ¡es verdad! !No eres madre!
¡Si eres sólo una mujer!...
¿Qué te se puede ocurrir
para obviar tal compromiso?...
ve á la cruz, ya que es preciso;
pero déjame salir.

ANA. (Deteniéndola.)
¡Por Dios!

CELIA. (Con ira.) No aumentes mis daños
haciéndome aquí quedar.
(Dolorosamente.) Si tienen de mi pesar
más compasion los extraños!...
Á poco de ese pregon,
que aun me tiene aquí temblando,
pasó una ronda entonando
no sé que alegre cancion.
Yo interrumpiendo su calma,
grité:—«¿pues quién canta ahora,
cuando aquí una madre llora
por el hijo de su alma?»—
Á mi angustiado clamor
calló la orquesta festiva,
y fuése la calle arriba
lamentando mi dolor.
(Se deja caer en un sitial llorando.)

ANA. Ay, madre, dadme los brazos. (Besándola.)

CELIA. (Con irónico dolor.) Anda á vestirte.

ANA. (Con calorosa energía.) No á fe,
porque á palacio no iré
á no llevarme en pedazos.

CELIA. (La abraza.) Ahora te conozco bien!...
(Llaman.)
¿Han llamado? (Asustada.)

ANA. (Bajando la voz.) Sí, hablad quedo.
(Momento de pausa.)

CELIA. Pues abre.

ANA. (Estremecida.) Ay, madre, no puedo;
¡miedo tengo!

CELIA. Y yo tambien.
¿Será tu padre quizás?

ANA. No, señora: cuando viene,
da á la aldaba y me previene
con un silbido ademas.

CELIA. ¿Será Pedro?

ANA. (Suspirando.) ¡Ay, madre mia!
tampoco.

CELIA. ¿Tiene señal?

ANA. Cual si fuera en un cristal
repica en la celosía. (Vuelven á llamar.)

CELIA. Pues quién será?

ANA. No adivino.

CELIA. ¿Será la ley soberana (Con terror.)
de la justicia?

LORINO. (Desde fuera á la reja) Ana!... Ana!
abre que soy yo!...

ANA. (Como quien espera una buena nueva.)
Ah! ¡Lorino!—
(Corre á la puerta y abre.)

ESCENA VII.

DICHAS, LORINO, de valenton y con barbas.

LORINO. ¡Gracias á Dios que has abierto!
Vaya si tienes cachaza!—
Buenas noches, madre Celia,
Anilla, buenas y santas!...
Daca una silla si quieres,
y daca un vaso de agua,
que traigo aquí la persona
ansiosa de los dos dacas.
(Ana le da silla y agua.)

CELIA. (Vivamente)
¿Qué es de Pedro?

ANA. (Lo mismo.) ¿Qué es de Pedro?

CELIA. Habla al punto.

ANA. ¡Al punto habla!...

CELIA. ¿Qué aguardas para decirlo?...

ANA. ¡Ay, Lorino! ¿por qué callas?

LORINO. ¡Callar, y desde que he entrado
aun no he dejado la charla!...

CELIA. ¡Si aun no has dicho qué es de Pedro!

LORINO. ¿Soy yo costal de patatas,
que sin cintas ni ataderos
al primer vaiven se vácia?
Soy yo de esas fregatrices,
que en abriendo la ventana
dicen ¡agua va!... Y bautizan
á cualquier mortal que pasa?
Tengan un poco de flema;
que cosas de esta importancia,
para dichas de repente
son, á fe, muy delicadas.
¡Pedro va á venir!...

LAS DOS. (Con alegría.) Dios mio!...

LORINO. Eh!... ¿qué es eso?

ANA. (Abrazando á Celia.) Ay, madre!

CELIA. (Id.) Ay, Ana!...

LORINO. (Con enojo.) ¡Aun no he buscado el rodeo,
y ya me chillan y graznan,
y lloran y jimotean,
y se besan y se abrazan!
Ándese uced en perfiles
con las mujeres!... mal hayan!...

ANA. (Desesperada.) Ay, Lorino, qué cruel eres!

CELIA. (Impaciente.) Jesús, qué sangre que gastas!

LORINO. Vaya! bien: lo diré todo!

CELIA. (Con enojo.) ¡Pues dilo en cuatro palabras!

LORINO. Pues allá va. (Á Ana.) Con tu padre
dejo al Ganchoso en la plaza
de Leganitos.

CELIA. (Con miedo.) ¿Qué escucho?
¿Cómo tan sin miedo anda
y tan cerca de aquí?

LORINO. (Admirado.) ¡Celia!...
¿Pues qué indican estas barbas,
y este traje á lo valiente,
(Por la espada.) y esta negra, y esta daga?...
¡Qué podrán los alguaciles
con el que así se disfraza?

CELIA. Disfrazado va?...

LORINO. ¡Por vida!
de capitan, y con banda;
que parece que ha llegado

recientemente de Italia.
ANA. Ay!... ¡si le conocen!...
LORINO. (Con calor y confianza.) ¡Quite!...
¿qué han de conocer, muchacha?
Preguntáselo á tu padre,
que pasó á su lado... y... ¡nada!...
¡ni el olor!... ¡Mal perro hiciera
si fuera perro de caza!
Pues digo que la justicia
tiene un olfato! ¡ya escampa!
Por su lado hemos pasado
cruzando calles y plazas,
y á pesar de tanta hoguera
y de tantas luminarias,
ningun corchete al mirarnos
ha fruncido las pestañas.
¿Quieren más?... pues si más quieren,
sepan que lo bueno falta,
que hemos estado en tres cruces
bailando la *Zarabanda*,
la *Chacona*, y el *Vitoque*,
Don Golondron y *la Gala* [1].
CELIA. ¡Eso es jugar con la muerte!... (Espantada.)
LORINO. ¿Es Pedro acaso algun rana?
(Á Ana.) Cuando nos halló tu padre,
dijo:—«Lorino, vé á casa,
»y da cuenta á las mujeres
»de aquesta nueva tan fausta.
»Despues de que las adviertas,
»vuelve para que yo vaya,
»á fin de arreglar las cosas
»con disimulo y con maña,
»que anda la justicia alerta,
»y ellas de todo se espantan.»
Dijo,—y lo mismo que un gamo
torné trotando la espalda;—
y pues ya lo sabeis todo,
vóyme á la chita callanda.

---

1 Bailes de la época: véase *El entrometido, La dueña y El soplon*.—QUEVEDO.

ANA. Ay, sí; vete, no te tardes. (Con impaciencia.)

CELIA. No te tardes, ¿á qué aguardas?
(Con mucho calor.)

LORINO. ¿Así á un hombre se despide (Con flema.)
(Con enojo.) sin darle albricias ni blanca?
¡Cuidado si son las hembras
desconocidas é ingratas!

ANA. Pues no ves nuestra impaciencia? (Airada.)

LORINO. Pues hijas, tened más calma,
(Con más flema.)
que en más de cuarenta meses
no se conquistó á Granada.

CELIA. Ay, cuánto charlas, Lorino!...

LORINO. Esto sí que tiene gracia... (Vivamente.)
¡Ahora riñen porque hablo,
y enantes porque no hablaba!

ANA. No te vas? (Suena música.)

LORINO. Deja que pase
esa ronda ó serenata!...
¡Bonita música llevan!...
Espera, á ver lo que cantan.
(Atraviesan por fuera músicos y cantadores con luces.)

CORO.

¡Vamos á ver las cruces,
y á ver las mayas,
que está, madre, la noche
serena y clara! (Pasan.)

LORINO. ¡Cómo se acuerda el Ganchoso
del año pasado!...

ANA. ¡Ay, calla!
¿Se acuerda de mí?

LORINO. Y suspira
como el fuelle de una fragua!

CELIA. Y de su madre?...

LORINO. ¡Por Cristo!...
Cuando os nombra... ¡Vírgen santa!...
derrama unos lagrimones
que parecen avellanas.

ANA. (Enjugándose los ojos.)
¡Pobre Pedro de mi vida!

CELIA. (Abismada.) ¡Pobre amor de mis entrañas.
LORINO. (Vivamente.) Van á llorar? Buenas noches!
(Saliendo.) Ya voy cual perro con maza!

ESCENA VIII.

ANA, CELIA.

ANA. Ya se fué!...
CELIA. Gracias al cielo!...
¡No hay hombre de más cachaza!
(Vivamente.) Mas vamos á lo que importa
mientras á buscarle baja.
ANA. (Limpiándose los ojos.)
Diga lo que quiera, madre,
y mande, que está en su casa.
CELIA. Desde que huyó de Santiago
en aquella tarde aciaga,
ni habrá comido caliente
ni habrá descansado en cama.
¿No es verdad?
ANA. Lo mismo creo,
que andando á sombra de mata,
ni de dia se sosiega
ni de noche se descansa.
CELIA. Pues bien, quisiera...
ANA. (Vivamente.) Ya entiendo;
mientras yo arreglo esa cuadra,
(Señalando un cuarto.)
y le dispongo colchones
y le preparo almohadas,
idos vos á la cocina
y haced lo que os dé la gana,
que abierta está la despensa
y en la despensa hay viandas.
CELIA. Hay luz?
ANA. Moved la ceniza,
que entre la ceniza hay brasas:
candil habrá en la espetera,
tomad pajuela...
CELIA. (Deteniéndose vivamente.)
Chis!... Calla:

ANA. (Bajando la voz con miedo.)
¿Qué teneis?...

CELIA. Me ha parecido
oir que en la puerta andaban!...

ANA. Cierto que está sin cerrojo,
esperad, voy á cerrarla.

DUQUE. (Desde fuera.) Aguardadme en esa esquina.

ANA. (Retrocediendo.) Jesús!...

CELIA. (Lo mismo.) ¡El cielo nos valga!
(Se abre la puerta y aparece el Duque.)

ESCENA IX.

DICHAS, el DUQUE DE ALBURQUERQUE, con la severidad de un gran dolor.

DUQUE. (Desde la puerta.) Hola!... Reunidas las dos!
Á fé que he dado en lo cierto!

CELIA. (Ap.) ¡El Duque!... (Ambas con terror.)

ANA. (Ap.) ¡El padre del muerto...)

DUQUE. (Entrando.) Buenas noches nos dé Dios?...

ANA. (Con resolucion.)
Quién sois?... ¿Á quién por aquí
buscais de aquesta manera?...

DUQUE. (Con marcada intencion.)
Á nadie ya, hermosa fiera,
pues que te he encontrado á tí.
¿No me conoces?

ANA. No á fe.

DUQUE. ¿Te haces la inocente ahora?
(Con risa amenazadora.)
¡muy bien! pero vos, señora, (Á Celia.)
¡sabreis quién soy!

CELIA. (Sin mirarle.) Sí, lo sé.

DUQUE. Harto entiendo que os aflijo
con mi presencia importuna;
(Con profundo dolor.)
mas ya veis que igual fortuna,
yo sin hijo, y vos sin hijo.

CELIA. ¿Igual?... ¡no es igual, señor!
(Con desconsuelo.)

DUQUE. Razon teneis, sí por cierto:
el vuestro vive!... el mio...
(Se oculta el rostro.)
CELIA. (Angustiada.) ¡Ha muerto!...
DUQUE. (Con profunda pena.) Acaso fuera mejor.
CELIA. ¡Desdicha horrible y cruel!...
DUQUE. ¡No os mostreis conmigo esquiva!
Si el vuestro vive... ¡que viva!
yo no vengo aquí por él.
La ley que le ha de juzgar
hará lo que más importe;
pues hay justicia en la córte,
ella le sabrá encontrar.
CELIA. (Respirando y vivamente.)
Ah, bien!... qué quereis de mí?...
DUQUE. Nada de vos!
CELIA. (Ap.) ¡Es extraño!
DUQUE. La causa de tanto daño
(Á Ana.) eres tú, y vengo por tí.
ANA. (Espantada.) Por mí?
CELIA. (En actitud de defenderla.)
Por ella?
DUQUE. Es de ley;
que con astucia y malicia,
puede evitar la justicia
que pretende hacer el rey.
Si se encuentra al agresor,
y en ello tengo esperanza,
¿para qué quiero venganza
si la ley lo hará mejor?
Mas Ana puede burlar
á la justicia por bella,
y aquí he venido por ella
y me la quiero llevar.
ANA. (Despavorida.)
Madre!... favor!...
DUQUE. No des voces,
que ese dolor que te hiela,
harto claro me revela
que ya mi intento conoces.
CELIA. (Airada.) Pero qué piensa, señor?
(Escudándola.) ¿qué presume? ¿qué pretende?

DUQUE. (Apartándola.) Apartad, vereis si entiende
que yo la entiendo mejor.

CELIA. (Ap.) Jesús!... mi valor desmaya!...
¡si ahora mi Pedro viniera!...

DUQUE. (Llevando á un lado á Ana asustada y temblorosa.)
No es verdad, niña hechicera,
que á palacio vas de Maya?...
(Ana sigue atentamente el interrogatorio del Duque, y su rostro va cambiando de expresion á medida que adelanta su pensamiento.)
Respóndeme: ¿no es verdad
que sueñas en tal ventura?...
Como en esta noche pura
que ensalza la cristiandad,
el rey cede su poder
á la reina de la fiesta,
y en el trono una vez puesta
toca al rey obedecer;
¿No es verdad que es tu intencion
y es tu constante deseo
apartar la ley del reo
y otorgarle tu perdon?

ANA. (Sorprendida.) Cómo!... ¿privilegio tal
tiene la Maya este dia?...

DUQUE. Si eso has pensado, hija mia,
ya ves que has pensado mal!

ANA. (Agitada de esperanzas.)
Que el rey cede su poder?...
que salvar á Pedro puedo?

DUQUE. Puedes!... pero no haya miedo;
no yendo, no puede ser.

ANA. (Gritando de modo que oiga Celia.)
Y quién lo podrá impedir
(Asombro de Celia.)
si á ser Maya me decido?

DUQUE. Yo que á prenderte he venido
y sin tí no me he de ir!

ANA. ¿No ir á palacio?...

DUQUE. Jamás.

ANA. ¡Si eso mi fortuna labra!
¿no he de ir?...

CELIA. (Cada vez más confusa.)

Esa palabra...

DUQUE. (Tomándola de una mano.)
Ven!...

ANA. Socorro!...

CELIA. (Viendo entrar á Diego) Diego!...

DIEGO. (Con la mano en la espada y envolviendo la capa al brazo.) Atrás!

ESCENA X.

DICHOS, DIEGO.

DUQUE. Su padre!...

DIEGO. ¿Qué ocurre aquí?...
(Varía de tono al ver al Duque.)
¿Es esta casa de Orate?...
(Al Duque, con calma.)
Si no pretendeis que os mate,
soltad esa mano... (La suelta el Duque.)
Así.—
(Á Ana.)
Qué quiere este caballero?

ANA. Que en palacio no sea Maya!

DIEGO. (Con calma fiera.)
¿Quién podrá impedir que vaya
si el Rey quiere y yo lo quiero?
(Se miran los padres de hito en hito.)

CELIA. (Á Ana, ap.)
Pero Ana mia!...

ANA. (Ap. á Celia.) Callad.

DUQUE. (Ap.) Por Dios, que el furor me exalta!...

CELIA. (Ap. á Ana.)
Y vas?

ANA. (Resuelta.) Voy.

CELIA. (Dolorosamente.) ¡Gran Dios! qué falta
de amor y de dignidad!...

DIEGO. (Á Celia.)
Id á ayudarla á vestir.

CELIA. (Indignada.)
Yo!... pues tuviera que ver!

DIEGO. Las ocho están al caer,

y á las ocho han de venir.

DUQUE. Conque va?...

CELIA. (Ap., llorando.) ¡Buscan su medro!

ANA. ¿Venis, madre?

CELIA. (Indignada.) ¡Vé tú sola!...

DIEGO. (Con la calma de su autoridad.)
¿No ha de ir?

DUQUE. (Con flema.) ¡Ruede la bola!...

ANA. (Entrando con alegría.)
¡No he de ir, si salvo á Pedro!

ESCENA XI.

DICHOS, ménos ANA.

DUQUE. ¿Conque irá?

DIEGO. Pues no ha de ir!...

DUQUE. Pues esto el caso empeora!

CELIA. (Ap., llorando.)
¿Cómo me marcho yo ahora
si Pedro estará al venir?

DUQUE. En alas de su esperanza
burlar pretende á la ley!...
no importa: ¿qué podrá el Rey
contra mi fiera venganza?
Unidas las vi al entrar,
luégo aquí tiene su cebo.
Ya que á esa niña no llevo,
al galan me he de llevar.

CELIA. Á su galan? Pues qué pasa
que así os mudais al instante?

DUQUE. Echad con la luz delante
que á registrar voy la casa.

DIEGO. Bien, empezad.

DUQUE. (Señalando al cuarto de Ana.) Por ahí.

DIEGO. Por ese cuarto?

DUQUE. Sin duda.

DIEGO. (Poniéndose delante.)
Estando Anilla desnuda
pasareis ántes por mí.

DUQUE. (Con orgullo.)

Vas á hacerme resistencia?...
á mí!... ¡primo de los reyes!

DIEGO. Ántes que el rey, son las leyes
del pudor y la decencia.

DUQUE. (Ap. devorando su ira.)
Oh!... ¡que yo solo me encuentre!
(Quédase mirando: Celia está junto á la puerta, que se abre y aparece Lorino, que ve al Duque.)

ESCENA XII.

DICHOS, LORINO.

LORINO. (En voz baja.)
Madre Celia!

CELIA. (Aterrada.) Dios divino!

LORINO. (Con misteriosa alegría.)
Que aquí está Pedro!

CELIA. (Con el espanto de madre.) Ay, Lorino,
cierra: ¡por Dios, que no entre!
(Celia cubre la puerta con su cuerpo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos LORINO.

DUQUE. Conque no he de registrar?...

DIEGO. Toda la casa es muy suya:
con tal que este cuarto escluya
podeis, señor, empezar.

DUQUE. Diego, escucha y no seas zote;
¿sabes lo que el Rey ordena
contra el que encubre? La pena...

DIEGO. La sé: morir en garrote.

DUQUE. Y no la temes?

DIEGO. ¿Quién, yo?
Pues ni que á Pedro encubriera!...
¡ojalá que lo pudiera!...

DUQUE. No lo entregaras?

DIEGO. ¡Ah, no;
que fuera accion muy villana,
y soy yo cristiano viejo:

¿quién á costa del pellejo,
no hace siempre su real gana?

LORINO. (Fuera.) Á ese!...

VOCES. (Fuera.) Aquí.

DUQUE. (Con gozo.) Cayó el raton!

CELIA. (Temblando y espantada.)
¡Madre de Dios!

DUQUE. Si ha caido,
haz cuenta que has incurrido
en la pena del pregon. (Sale á la calle.)

ESCENA XV.

DIEGO, CELIA.

DIEGO. (Riendo.) ¡Ya estás fresco!

CELIA. (En ademan suplicante.) Ay, Diego!

DIEGO. Calma.

CELIA. Destino fiero y cruel!

DIEGO. (Enojado.) Qué diablos teneis?

CELIA. (Desconsolada.) Que es él;
¡que es el hijo de mi alma!

DIEGO. Lo sabeis de cierto vos?

CELIA. Sí, que há poco me previno
Lorino...

DIEGO. Si fué Lorino,
no hay duda... ¡Válgame Dios!
en su ayuda... (Se dispone á salir.)

CELIA. Ay, sí, acudid,
defendedle de ese hidalgo.

ESCENA XIV.

DICHOS, PEDRO, entra riendo vivamente y permanece observando en la puerta.

PEDRO. Já!... já!... já!... si es como un galgo
y más valiente que el Cid!

DIEGO. Pedro!...

CELIA. Hijo mio!...

PEDRO. (Mirando á la calle.) Ah, leal!...
Si llego á hallarme un tesoro,
un Lorino haré de oro,

y de oro de Portugal!... (Cierra la puerta.)

CELIA. Pedro!...

PEDRO. (Abrazándola.) Madre!...

CELIA. ¿Estás herido?

PEDRO. ¡Sano estoy!... (Estrechándola con gran cariño.)

CELIA. ¡Dios sea loado!...
cuenta y dí lo que ha pasado.

DIEGO. Las cuchilladas que han sido?

PEDRO. Una astucia singular
de ese valiente Lorino:
con ella me abrió camino
y al fin he podido entrar.

CELIA. Locos!... ¿pretendeis los dos
burlar la justicia humana?—

PEDRO. Ay, madre!... No vive Ana?
¿No estais en el mundo vos?
Pues siendo el mundo infinito,
ya sabré el bulto escurrir,
que quiero, madre, vivir
y á las dos os necesito.
Desechad todo temor,
y nada, madre, os apure,
mientras que su amor me dure
y me dure vuestro amor.

CELIA. Por el Cristo de la Luz!
¿qué es no temer, ay, de mí!
¡si andas de aquí para allí
bailando de cruz en cruz!...
¿No has escuchado el pregon
con que te llama la audiencia?

PEDRO. Cómo no?... ¡brava ocurrencia
que ha sido mi diversion!
Que al amparo de esta traza
y de este marcial vestido,
la comitiva he seguido,
calle á calle, y plaza á plaza.
Y hasta una vez... no os asombre,
me entré en el curial concilio,
y dije:—¿falta mi auxilio
para buscar á ese hombre?—
y el juez severo y galan,
fiel guardador de la ley,

me dijo:—«en nombre del rey,
os doy gracias, capitan.»—

DIEGO. Pero ese juez era bobo,
ó ciego?

PEDRO. Juzgadlo vos.

DIEGO. (Severo.) Eso es ofender á Dios,
porque es provocar al lobo.

PEDRO. En noche de tal jarana
nadie ve: no tengais miedo:
más vamos claros: ¿no puedo
ver á mi bien?—¿Qué es de Ana?—
¿Cómo su querer reacio
anda mi presencia huyendo?

DIEGO. Ya saldrá.

CELIA. (Queriendo contener su llanto.)
Se está vistiendo
para bajar á Palacio.

PEDRO. (Con asombro.) Á la Cruz?

CELIA. En ello das.

PEDRO. —¿A la Cruz? (Desfallecido.) ¡Estoy difunto!
(Con calor.) Madre, vámonos al punto,
que aquí ya estamos de más.

DIEGO. Pedro!... ¿qué es eso?...

PEDRO. (Con profundo dolor.) Ay de mí!...

DIEGO. (Deteniéndole.) Espera.

PEDRO. (Con dureza.) Haced lo que os cuadre.

CELIA. (Á Diego.) ¿No os lo dije?...

PEDRO. (Irritado.) Vamos, madre!...
(Con profundo desden.)
Y á esto he venido yo aquí!

ESCENA XVI.

DICHOS, ANA, con basquiña y corpiño de raso negro con hombreras y bocamangas pasamaneadas de trencillas y botones de oro: el manto en el brazo.

ANA. Pedro!... (Deteniéndole.) ¿te vas, mi tesoro?...
Dónde vas?

PEDRO. Donde no vea
tanto raso con presea
ni tanto boton de oro.

ANA. Y esto te enoja por cierto?

PEDRO. Raso y oro!

ANA. Ay de mí triste!
¡si así la iglesia se viste
cuando reza por un muerto!

PEDRO. (Con ironía.) Cumplida satisfaccion!
qué ha muerto en tí, vida mia?

ANA. (Con dolor.) Pues no ves que la alegría
ha muerto en mi corazon?

PEDRO. ¿Y la llevas á enterrar
á palacio?... ¿El Rey es cura?

ANA. Pedro!... (En llorosa reconvencion.)

PEDRO. (Riendo irónicamente.) Buena sepultura
el muerto se va á encontrar!

ANA. No te duele mi dolor?

PEDRO. Y el mio á tí? (Con fiereza.)

ANA. Sí por cierto!
Qué, ha muerto en tí?

PEDRO. ¿Qué que ha muerto?
(Estallando en llanto de cólera.)
No ves que ha muerto mi amor?

ANA. Pedro, no me dés enojos!...
(Desolada.) ¿Ha muerto tu amor por mí?...

PEDRO. ¿Pues no lo adviertes aquí
si están llorando mis ojos? (Ademan de irse.)

ANA. Escúchame. (Cogiéndole.)

PEDRO. (Pugnando por grados.) No por Dios.
(Exaltándose por grados.)

ANA. Si yo te quiero explicar...

PEDRO. Si yo no quiero escuchar,
si no hay nada entre los dos;
si haciendo lo que te cuadre
harás bien!... ¡si no me irrito!...
¡si tu amor no necesito!
¡si me basta el de mi madre!...
(Abrazándose á ella.)

CELIA. Ah! sí!... calma ese furor
que te enagena y exalta:
(Con acento de pasion.)
Tu madre!... sí!... ¿Cuándo falta
á un hijo el materno amor?

ANA. (Abrazándose á su padre.)
Ay padre!

DIEGO. (Asustado y yendo junto á la celosia.)
Calla.
ANA. (Sollozando.) ¡Me olvida!
DIEGO. (Volviendo) La justicia.
PEDRO. (Con entereza.) Vuelve?
DIEGO. Sí.
PEDRO. Pues bien, que venga por mí;
¿para qué quiero la vida?...
CELIA. Hijo! (Espantada.)
ANA. (Con pasion.) Pedro, por favor,
ocúltate.
PEDRO. (Con doloroso desden.) ¡Desvarío!.
venga la muerte.
CELIA. (Desolada.) Hijo mio,
por los clavos del Señor.
PEDRO. Si la vida es lodo y cieno,
¡que acaben tantos reveses!
CELIA. (Arrodillada y medio loca.)
Hijo!... por los nueve meses
que te he llevado en mi seno!
PEDRO. Madre mia!... alzad por Dios,
basta. (La besa las manos.)
DIEGO. (Vivamente.) ¡Que el tiempo se acorta!
PEDRO. Nada la vida me importa,
¿mas qué no hiciera por vos?
DIEGO. Entra en aqueste escondrijo,
(Lo encierra en el cuarto de Ana.)
que ya está cerca el rumor.
ANA. (Temblando.) Dios mio, salva á mi amor!
CELIA. (Mirando al cielo.) Señor, protege á mi hijo!

ESCENA XVII.

DICHOS, el DUQUE y ALGUACILES.

DUQUE. Cerrad las salidas todas
y asegurad esta puerta,
que el que le deje escaparse
responde con su cabeza.

DIEGO. (Al Duque.) Válgame Dios qué aparato!...
¡Vuesamerced no sosiega!
Mucho esta noche me honra
y agradecérselo es fuerza.
¿Viene á registrar de nuevo?
DUQUE. Vengo, Diego, por mi presa.
DIEGO. ¿Sois alano ó sois corchete?
DUQUE. Soy un padre que se venga;
un noble...
DIEGO. (Interrumpiéndole.) ¡Que quiere sangre!...
¡Buena está vuestra nobleza!
DUQUE. Acabemos.
DIEGO. Acabemos.
DUQUE. Dónde el matador se encuentra?
DIEGO. Buscadlo en toda la casa,
puesto que la casa es vuestra.
DUQUE. Mirar ese cuarto quiero.
DIEGO. Ese cuarto está de veda.
DUQUE. Pues la niña está vestida
por qué al registro te niegas?
¿Se oponen tambien ahora
las leyes de la decencia?...
DIEGO. Tambien, porque es esa estancia
la estancia de una doncella,
y no quiero que profanen
su suelo plantas agenas.
DUQUE. Los ojos de la justicia
tienen derecho y licencia
para verlo todo.
DIEGO. Bueno,
no niego yo que tal tengan;
mas justicia con gregüescos
en ese cuarto no entra:
si viniera con enaguas
acaso lo permitiera,
que ojos de mujer no ofenden
aunque vean lo que vean.
DUQUE. Está bien, no reñiremos
por tan poco: tu hija es esta,
y yo quiero que esta noche
conmigo esa niña venga.
DIEGO. Á palacio?

DUQUE. No, á la cárcel.
DIEGO. (Irritado.) Á la cárcel!
ANA. (Espantada.) Jesús!
CELIA. (Indignada.) Ella?
DUQUE. Lo dicho dicho.
DIEGO. Despacio.
¿qué juez tal mandato ordena?..
DUQUE. Quien puede.
DIEGO. Mostradme el auto.
DUQUE. ¿Qué más auto que la fuerza?
Atadla.
CELIA. (Quiere impedirlo.) Eh!...
DUQUE. Atadla digo.
DIEGO. Oservad que el Rey la espera.
DUQUE. Bah!... Sujetad á ese hombre
y amordazadle la lengua.

ESCENA XVIII.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. Esperad.
ANA. Pedro!
CELIA. Hijo mio!
PEDRO. Ántes que llevarla á ella
llevadme á mí!...
CELIA. (Desconsolada.) Ay! ¿qué has hecho?
PEDRO. Ayudarla y defenderla.
¿Cómo pudiera cobarde
echar sobre mí otra afrenta?
ANA. Padre mio!
CELIA. (Abrazando á su hijo.) Hijo del alma!...
Bien en esto tu honor muestras!
DUQUE. Dame esa espada.
PEDRO. (Con desden doloroso.) Y la vida!
que harto la vida me pesa!
DUQUE. Echa delante.
CELIA. Hijo mio!...
(Suena el toque de ánimas.)
Espera, señor, espera. (Al Duque.)
ANA. (Desesperada.) Las ánimas están dando
y de palacio no llegan!

CELIA. Dejad, señor, que le abrace
por última vez siquiera.
DUQUE. Abrazad.
CELIA. (Abrazándole.) Pedro del alma!...
PEDRO. Madre, valor!
CELIA. (En voz baja y delirante.) Hijo, reza,
encomiéndate á la Vírgen,
y á Dios, que es todo clemencia.

ESCENA XIX.

DICHOS, y en el fondo unos PAJES.

ANA. (Como loca á su padre.)
Ah, Padre!... mirad: los pajes!...
Salgamos!... Dios nos proteja!
(Sale precipitadamente.)

ESCENA XX.

DICHOS, ménos ANA y PEDRO.

PEDRO. (Gritando.) Y se va sin despedirse!
se va sin mirarme apenas!...
Vamos! (Saliendo.) Maldito sea el hombre
que se pierde por las hembras! (Salen.)
CELIA. (Cayendo de rodillas ante la Vírgen.)
¡Madre mia del Amparo!
¡Ved cómo quedo en la tierra!...
(Suena un CORO que pasa por la calle.)
«*Vamos á ver las Mayas,*
vamos á verlas,
que está la noche, madre,
clara y serena.»

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Un sal
dand
carm
tarill
magn
doseli
copias
se *ele*
conve
que se
se exte
laustra
rumpe
que sirv
parte *ce*
interrum
lado, ar
pueblo.—
otros do
nado pa
ñas pre
que las
salon.—
Cruz dos
y *morrio*
nas en la
Al abr
pos de da

ACTO TERCERO.

Un salon en la planta baja de palacio: en el testero, dando frente al espectador y debajo de un doselillo carmesí con franjas y borlones de oro, habrá un altarillo con una cruz dorada en medio, y á sus lados magníficos jarrones de porcelana llenos de flores. El doselillo y su cortinaje estarán cuajadas de cornucopias y espejuelos de la época Á este altarillo, que se elevará sobre el nivel del suelo lo que se juzgue conveniente, se ingresará por dos graderías laterales que se suponen dar al interior del palacio, cerrándose exteriormente, por uno y otro lado, con una balaustrada en semicírculo hasta el punto en que interrumpe el referido semicírculo la gradería principal, que sirve para ascender á los actores, colocada en la parte céntrica del altarillo. Desde el punto en que se interrumpe la balaustrada superior por uno y otro lado, arrancarán dos galerías inferiores destinadas al pueblo.—En la parte superior del altarillo se verán otros dos doselillos á derecha é izquierda, uno destinado para el Rey, y otro para la Maya.—Varias arañas prenderán de la techumbre encendida; lo mismo que las cornucopias que adornan las paredes del salon.—Á los lados del altar, darán custodia á la Cruz dos soldados de la guardia amarilla, con petos y morrioncillos de acero, espada al cinto y partesanas en las manos.

Al abrirse la escena estarán repartidos varios grupos de damas y caballeros hablando entre sí, y salu-

dando á los que entran, todos en trajes de fiesta.— La escena permanecerá muda mientras van penetrando las damas y los caballeros.—Lope disputa con cierto calor con varios amigos suyos.

ESCENA PRIMERA.

LOPE de VEGA y VARIOS CABALLEROS.

CAB. 1.º ¡Gentil fiesta!
LOPE. ¿Qué es gentil?
¿Que así llameis á esta fiesta?
CAB. No ha de serlo? igual á esta
la daba Roma en Abril.
LOPE. ¡Y Egipto y Grecia, es verdad!...
CAB. ¿Pues eso qué duda tiene?
Si era una fiesta solene
entre la gentilidad!
Si era ofrenda soberana
que se tributaba á Flora!
LOPE. Pues digo que como ahora
esta fiesta era cristiana.
CAB. Lope, ¡qué tal digais vos!
LOPE. Oid, vereis si me fundo,
que estas fiestas en el mundo
son alabanzas á Dios.
CAB. Decid.
LOPE. (Suena fuera de palacio una música lejana que dura mientras habla.)
No tiene el sol rayo
de lumbre más bienhechora,
que el rayo aquel que colora
la primer alba de Mayo:
pues tanta vida y calor
sobre los campos derrama,
que apenas hay una rama
que no se convierta en flor.
Y es que Dios desde su asiento
con la luz del nuevo dia,
pródigo á la tierra envia

un átomo de su aliento.
Átomo de esencia tal
y de tan rica fragancia,
que siendo nueva sustancia
y nuevo gérmen vital,
á su contacto fecundo
hierve la tierra, y parece
que se agita y se estremece
ébrio de placer el mundo.

CAB. La ciencia, Lope, va en pos
de otra razon más certera.

LOPE. ¿Qué me importa que altanera
llegue hasta negar que hay Dios?
Yo os pregunto: ¿quién potente
mueve del mundo la bola?
Quién enciende y arrebola
la clara lumbre de Oriente?
Quién, á la nube que ondea
con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama
con que á las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
la densa y pesada bruma,
y entre vellones de espuma
destrenza arroyos de plata?
¿Quién, con alta potestad,
y con vigor soberano,
ya refrena el Oceano,
ya azota la tempestad?
Quién, en fin, da movimiento
á cuanto en el mundo cabe,
y anima la flor, el ave,
el fuego, la mar y el viento?

CAB. ¡Leyes físicas!

LOPE. No, el ser
que en todas partes se ostenta,
y á cuyo aliento fermenta
lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
la sien del risco sombrío,
y acallando el son del rio
entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
envuelve á la noche umbría,
y saca la luz del dia
de la densa oscuridad.
Así cuando se desprende
su esencia pura y creadora
con la luz consoladora
que en el sol de Mayo enciende,
vírgen aspirando amores
despierta la tierra ufana,
y gozosa se engalana
con rico manto de flores.
(Entra Quevedo y va saludando á las señoras de grupo en grupo.)
Entónces en curso leve
y en corrientes desiguales,
baja deshecha en cristales,
y en globos de luz la nieve.
Y en incesante rodar
como el mundo en el vacío,
corre la nieve á ser rio,
y el rio corre á ser mar.

CAB. Pura poesía y nonada!...

LOPE. Entónces mueve sus plumas
el águila entre las brumas
de la atmósfera azulada.
Entónces fresca la flor
vierte al aire su tesoro,
y es cuando con pico de oro
canta alegre el ruiseñor.
Y entónces es cuando enhiesta
alza su copa la encina,
y hay más luz en la colina
y hay más sombra en la floresta.
Y entónces es cuando en pos
de un sentimiento sin nombre,
hace estas fiestas el hombre
en alabanza de Dios.
Pues con amor singular
su esencia pura y suave,
da vida á la flor y al ave,
al fuego, al viento y al mar.

ESCENA II.

DICHOS, QUEVEDO, aproximándose.

QUEV. Y basta de luz, de rayo,
de sol, de luna y de estrella:
basta con decir que es bella
la estacion del mes de Mayo.
TODOS. ¡Quevedo!...
QUEV. (En ademan de irse.)
¡Que iráse acedo
si aquí á interrumpiros llega!
Guárdeos Dios, Lope de Vega.
LOPE. (Dándole la mano.)
Muy vuestro, señor Quevedo.
CAB. Escuchásteis la cuestion?...
QUEV. Toda, y ponéisme en un potro.
LOPE. Por qué?
QUEV. Porque ni uno ni otro
pienso que teneis razon.
CAB. No es gentil la funcion esta?...
QUEV. Es gentil por lo galana!
LOPE. Pero es cristiana.
QUEV. (Sonriendo con malicia.) ¡Cristiana!...
¿Cuándo es cristiana una fiesta?
LOPE. ¿No da de ello testimonio
esa cruz?
QUEV. ¡Vana razon!
Toda fiesta es invencion
del mismísimo demonio.
LOPE. Pues la cruz de ese retablo,
¿qué es lo que diciendo está?
QUEV. Siempre se ha dicho que va
detrás de la cruz el diablo. (Risas.)
¿Qué es una fiesta? un placer
tras que el demonio se asoma:
pretexto que el hombre toma
para buscar la mujer.
Y una vez juntos los dos,
sin ambajes ni perfiles,
cristianos como gentiles

se dan al diablo y no á Dios.—
Dejad si no que os recuerde
la fiesta alegre de Flora.
¿Qué habia entónces? lo que ahora,
hay siempre en Santiago el Verde.
Mucha dueña quintañona,
mucha niña descocada,
mucha pedigüeña honrada
y mucha honrada buscona: (Carcajadas.)

(Sale el Rey: las damas y caballeros se inclinan al verle pasar y guardan silencio ante las señales que hace para que le dejen sorprender la conversacion de los dos poetas.)

Mucho mancebo galan,
mucha vieja de sonsaca,
poco amor de toma y daca,
mucho de din y de dan:
mucho marido sesudo
con más humos que un infante,
de esos que echan por delante
ya la tos, ya el estornudo; (Risas.)
sutil modo de avisar
al amante amancebado,
que asistente de su estrado
es proveedor de su hogar.
Mucha esposa con donaire,
que, á fuer de noble y de honrada,
lleva la cara tapada,
pero la vergüenza al aire. (Risas.)
Mucho rufian maleador
que va diciendo á lo zaino:
¿Quién me tose? ¿Á quién le envaino
la punta de este asador?...
¿No es esto lo que anda ahora?
pues dejad tal teología,
que lo mismo pasaria
allá en los tiempos de Flora.
Y pues con ellos la mano
aquestos tiempos se dan,
callo aquí, que allá se van
lo gentil y lo cristiano.
(Risas y señales de aprobacion.)

LOPE. De que tal diga, me abismo,
hombre tan sabio y profundo,
QUEV. ¿Cómo no, Lope? ¡Si el mundo
ha sido siempre lo mismo!...
Dan asunto fiestas tales
á embrollos bulla y contiendas,
que son hoy Carnestolendas
las que entónces Saturnales.
Y no busqueis otra luz,
que para el vulgo morlaco,
eran las fiestas de Baco
lo que es hoy la de la Cruz..

ESCENA III.

DICHOS, el REY.

REY. Extraña comparacion!...
TODOS. (Apartándose.) El Rey!
REY. (Con familiaridad.) Todo el mundo quedo:
proseguid, mi buen Quevedo.
QUEV. Señor, dió fin la funcion. (Disculpándose.)
REY. ¿Qué deciais de las cruces?
QUEV. Razones de facistol!
REY. Seguid.
QUEV. (Inclinándose con gran cortesía y respeto.)
¡Cuando sale el sol,
se apagan las demas luces!...
REY. ¿No discutis?
QUEV. Fuera en vano.
REY. (Sonriendo cariñosamente.)
Lo siento mucho á fe mía,
porque probaros queria
que estais hoy poco cristiano.
QUEV. ¡Puede que tengais razon!
REY. ¿Confesais?
QUEV. Nadie os lo niega.
REY. Todo lo malo se pega:
¡como tratais con Pluton! (Rien los cortesanos
QUEV. No es mucho que echen raices
en mí las razones zurdas,
que el humo de sus zahurdas

se me ha entrado en las narices. (Risas.)
Y como toca al testuz
humo de tan mal tabaco...

REY. (Riendo.) ¡Juntais la fiesta de Baco
con la fiesta de la Cruz! (Risas.)

QUEV. Ahí teneis!

REY. (En tono de zumba.) ¡Y con tal pisto
unís en mal matrimonio,
la religion del demonio
con la ley de Jesucristo!
Bah!... dejad tal batahola,
que ya el gentilismo apesta;
ademas de que esta fiesta
es puramente española.

QUEV. Santiago huele á alcuzcuz
y algo á moruno me suena.

REY. No hablo yo de esa verbena,
que hablo sólo de la cruz.

QUEV. Tambien suena á idolatría;
que en ella no se concibe
mujer y cruz.

REY. ¡Si es que aun vive
la española bizarría!
Harto bien sabe que es ley
en nuestro escudo galano,
aquel mote castellano,
«mi Dios, mi dama y mi rey!...»
Y siendo tal la amalgama,
es justo que al par se dé
culto divino á la fe,
culto galan á la dama.

QUEV. Por bueno el concepto doy,
permitidme que lo alabe.

REY. En cuanto á la cruz, ya sabe
lo que aquí ensalzamos hoy.
Símbolo que al mundo llena,
hoy canta el pueblo sin tino
los triunfos de Constantino,
las glorias de santa Elena.
Y como siempre á su luz
triunfó el español sereno,
del terror del agareno

domado al fin por la cruz;
como ese signo fué espanto
y asombro de la Turquía,
y fué nuestro amparo un dia
en las aguas de Lepanto;
como su brillo profundo
unió con vivo reflejo,
las costas del mundo viejo
con las costas de otro mundo,
y en el imperio del sol
dió á la cruz altar y asiento,
el vigoroso ardimiento
del carácter español;
como siempre la victoria
siguió á su esplendente luz,
¿qué español ante la cruz
no canta su propia gloria?

QUEV. Por Dios, que dais en mi flaco!...

REY. Pues siendo su historia aquesta,
¿qué hay de comun en tal fiesta
con las torpezas de Baco?

QUEV. Señor, me inclino de bruces,
y me torno en caracol.
¿No os lo dije?—¡Si ante el sol
se apagan las demas luces!
(Habla el Rey con Lope.)

CAB. (En tono amistoso.) Señor Quevedo, gran vaya

QUEV. Como del rey, corta y buena. (Música fuera.)

REY. Señores, la orquesta suena,
salgamos á honrar la Maya.

QUEV. (Á Lope.) Dama en el palacio habrá
que tuerza al mirarla el gesto.

LOPE. Si es hermosa...

QUEV. Por supuesto.
Por tal lo digo.

REY. Aquí está.

ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO y ANA: las damas y los caballeros muestran gran curiosidad, y se colocan de modo que el Rey quede en el centro, Quevedo y Lope á la derecha en primer término.

ANA. (Entra y se arrodilla.)
Señor!
DIEGO. (Lo mismo.) ¡Gran rey!
REY. (Con gran cortesía y afecto.) Levantad,
y nada os turbe ni aflija.
DIEGO. Señor... aquesta es mi hija!...
REY. (Mirándola con gozo.) Linda niña!
QUEV. (Admirado.) Gran beldad!
REY. Qué decis, señor Quevedo,
de esta Maya?
QUEV. ¡Lindo talle!
Á encontrármela en la calle
juro que tuviera miedo.
Pues tentacion del demonio,
ángel ingerto en harpía,
quizás para mí seria
anzuelo de matrimonio. (Risas.)
REY. ¿Tal os place?
QUEV. Obra maestra
que honra al arte y al Señor,
(Dirigiéndose á Diego.)
que sois un gran escultor
á juzgaros por la muestra. (Risas.)
¿Teneis otro asombro igual?
DIEGO. No, señor.
QUEV. Lo presumia;
que fuera ya golleria
tener privilegio tal. (Risas.)
Y es providencia de Dios,
que es siempre sabio y profundo;
¿pues cómo anduviera el mundo,
si hubiera en el mundo dos?
REY. Sois un padre muy feliz!
¿Qué oficio?
DIEGO. En tapices trato.

QUEV. Si en él poneis su retrato,
llevad á casa un tapiz.
Que aunque amor de boberia
y güero y desacordado,
por Dios que he de estar colgado
de ese tapiz todo el dia.

REY. No más frases lisonjeras
que haciéndose tarde va:
Maya hermosa, id por allá
que os vistan mis camareras.
Que al cortesano decoro
no cuadra el traje de luto.
(Á las damas.) Hola!... rendidla tributo
y ornadla con seda y oro.
Vestidla como es de ley,
que lo merece su encanto.

QUEV. (Ap. á Diego.) Idos vos fuera, entre tanto
que llama á la fiesta el rey.

DIEGO. (Arrodíllase.) Dejadme besar, señor,
esa poderosa mano.

REY. Id con Dios, buen artesano.

QUEV. Id con Dios, gran escultor.

(Las damas salen por la izquierda con Ana, y Diego sale por la derecha.)

ESCENA V.

QUEVEDO, LOPE, el REY, CABALLEROS.

REY. La Maya es ramo de flores!...

QUEV. Por Dios que el retrato hiciera,
si yo cual Velazquez fuera
el pintor de los pintores.

REY. El consejo he de tomar,
que su faz causa embeleso. (Rumor fuera.)

LORINO. (Dentro.) Favor al rey!...

REY. (Salen los caballeros.) Ved que es eso.

QUEV. Vaya un clamor singular!...

LORINO. (Con calor.) Yo repito que es de ley!...

QUEV. ¿En palacio?... (Escuchando.)

LOPE. (Alarmado.) Esto es solene.

LORINO. (Fuera, con calor.) Derecho de asilo tiene

la casa ilustre del rey.
UNA VOZ. (Fuera.) Yo digo que no ha de entrar.
QUEV. Esto de la raya pasa. (Va á salir.)
REY. Quien busca asilo en mi casa,
asilo debe encontrar.
LOPE. Pero señor... (Turbado.)
REY. No os asombre,
y deponed todo miedo,
salid vos, mi buen Quevedo,
y haced que venga ese hombre.
(Sale Quevedo.)

ESCENA VI.

LOPE y el REY.

LOPE. (Alarmado.) Señor, ¡tal profanacion!...
¡Pedir con tan malos modos!...
REY. El rey, es rey para todos,
cumplo con mi obligacion.

ESCENA VII.

DICHOS, QUEVEDO, PEDRO y LORINO.

QUEV. Aquí están estos rufianes
con trazas de valentones.
PEDRO y LORINO. (Arrodillándose.)
Señor!...
REY. Alzad las rodillas.
¿Qué era causa de esas voces?
LORINO. Señor, yo soy pastelero
de á cuatro.
QUEV. (Á Lope.) ¡Buenos jigotes
hará!
LORINO. Soy tambien amigo
de este mozo, que es un roble,
y á quién busca la justicia,
porque ha poco mató á un hombre.
Llevado, pues, de mi afecto,
y siendo un dolor que ahorquen
á un mancebo tan bizarro,

tan valeroso y tan jóven,
yendo con rumbo á la cárcel,
pues fué pescado esta noche,
al pasar junto á palacio
eché mano del mandoble,
y me entré por la justicia
sin decir oste ni moste.

QUEV. Y huyó la justicia?

LORINO. Claro;
porque rotas las prisiones
que sujetaban los brazos
de este mozo, que es muy doble,
se levantó tal tormenta
de cuchilladas y coces,
que no se ha visto diluvio,
desde Noé, más disforme.
Notando el juez el estrago
que hicimos entre sus gozques,
porque á cada cuchillada
pienso que temblaba el orbe,
pues se rajaban cabezas
como si fueran melones,
envainando la persona
y antecogiendo el estoque,
por una calle inmediata
se entró como un lobo al trote.
Al ver esto los corchetes
tomaron el tole tole,
y nosotros á palacio
endilgamos los talones.
Derecho tiene de asilo
este palacio; á él se acojen
dos mancebos sin ventura,
muy honrados, aunque pobres,
(Se inclinan.) y á vuestras plantas se postran.
y humildes piden perdones;
si podeis dárnoslos, vengan,
y si no, punto y conformes.

QUEV. Valientes sois!

LORINO. Lo que es este
(Señalando á Pedro.)
es un nuevo Rodamonte;

y yo.. me tiemblo á mí mismo
si se me encrespa el bigote.
(Rien el Rey, Quevedo y Lope.)

REY. Qué decís de esto, Quevedo?

LORINO. ¿Es don Francisco este noble?
(Con asombro.) Me huelgo de conocerle,
que es hombre de injundias!... choque!
(Le da la mano.)

QUEV. Lope, para una comedia
este gracioso es de molde.

LORINO. ¿Qué habeis dicho, don Francisco?
(Con rudo respeto.) ¿Este capellan es Lope?...

QUEV. El mismo!...

LORINO. (Le besa la mano.) Dejad que os bese
la mano de sacerdote.
Un favor quiero pedirle,
y quiero que me lo otorgue.
Si el Rey lo permite...

REY. (Riendo cariñoso.) Hable,
que me encantan sus razones.

LORINO. Señor, si de esta aventura
escribis para la córte
alguna de esas comedias
que tanto admiran los hombres;
si al hacerla bien y pronto
en ella papel me pone,
no me apellideis Tocino,
ni Torrezno, ni esos motes
que cuadran mal en cristianos
de mi aliento y de mi porte.
No me presenteis cobarde,
que cuando Lorino tose,
el Gran Turco se estremece
si es que el Turco mi tos oye.
Y no digo más y basta,
y vuesamerced perdone,
que he sido un tanto atrevido
con peticion tan enorme.

LOPE. Yo os juro que he de atenderla.

LORINO. Pues callo y no se incomode,
y otra vez su mano beso
por sabio y pasmo del orbe.

REY. Sepamos la causa ahora
de esa muerte. (Á Pedro.)

LORINO. (Á Pedro.) Tú respondes,
que eso va contigo, Pedro,
canta claro y no te azores.

PEDRO. Si por amante y honrado
las leyes castigo imponen,
mandad, señor, que me maten,
porque mi delito es doble.
Maté con razon sobrada,
que un galan osado y torpe
en los labios de mi niña
robó mieles y holló flores.
Vieron mis ojos la ofensa,
amor y honor dieron voces,
escucháronlas mis celos,
lo demas, ya se supone.
Si hoy á la vida tornara
aquel que la tierra come,
de nuevo lo mataria,
que he leido, no sé dónde,
que el que su afrenta no venga
con la punta del estoque,
por miserable merece
que el mundo entero le odie.

QUEV. ¿Le matásteis cara á cara?

PEDRO. No hay en mi raza traidores:
Santiago el Verde vió el caso,
pidan allá informaciones,
y allí sabrá la justicia
tòdo cuando al hecho importe.

REY. Yo averiguaré el suceso,
y haré lo que deba.

PEDRO. Entónces,
tranquilo estaré.

LORINO. (Vivamente.) Y yo y todo.
(Á Pedro.) ¿Dónde se cena esta noche?

REY. Quevedo, á vos encomiendo
el cuidado de estos hombres.
Salid.

QUEV. Vamos!...

LORINO. (Entusiasmado le besa las manos.

Señor!...

REY. ¡Basta!

LORINO. (Saliendo, á Pedro.)
Hombre, ¡qué rey tan guapote!

ESCENA VIII.

DICHOS, el DUQUE.

LORINO. (Volviendo y acercándose al Rey, ap.)
Jesus! (Alto al Rey.) Señor, no hagais caso
á ese cacho de alcornoque,
ved que viene en contra nuestra
y miente más que catorce.

DUQUE. Villano!...

LORINO. (Con orgullo.) Soy pastelero,
villano no.

DUQUE. (Con desden.) Baste.

LORINO. (Saliendo y mirándolo airado.) Y sobre.

ESCENA IX.

El REY, LOPE, el DUQUE.

REY. ¿En noche de regocijo
(Recibiéndole con cariño.)
venis á verme?

DUQUE. Ah, señor! (Le besa la mano.)

REY. Eso prueba que mejor
debe de estar vuestro hijo.
Albricias os doy de ley,
que me doliera su muerte.
¿Cómo está?

DUQUE. ¡Aun vive por suerte!

REY. Alégrome á fé de rey.

DUQUE. Mal se acomoda, señor,
ese sentimiento amigo,
con el amparo y abrigo
que dais aquí al matador.

REY. ¿Qué decis? ¡Me dais enojos!...
(Ofendido.) ¿Cómo protegerlo puedo?

DUQUE. De esta estancia con Quevedo

le han visto salir mis ojos.
REY. ¿Era ese mancebo? (*Con asombro.*)
DUQUE. (*Con intencion airada.*) ¡Pues!
REY. Entónces, vamos despacio,
que asilo tomó en palacio,
y el caso distinto es.
Que fuera en mí sacrilegio
romper fuero tan solene.
DUQUE. ¿Y qué rey justo mantiene
tan inmoral privilegio?
Con él vuesa majestad
es protector del precito,
que cobijando el delito
se alienta la impunidad.
REY. Derecho es este de gracia
y no más; si aquí entra un reo,
ni el hombre ni el crímen veo,
miro solo la desgracia.
Y fuera duro en verdad
y extraño por cierto fuera,
que pudiendo dar cnalquiera
segura hospitalidad,
quedase el rey de tal suerte,
que, envilecido y pequeño,
no fuera en su casa dueño
de la vida y de la muerte.
DUQUE. No abrigo yo la intencion
de amenguar vuestro respeto,
ni quiero que el rey sea objeto
de tan rara distincion.
Más todo el reino codicia,
por lo que en ello le va,
que acabe un fuero que es ya
escarnio de la justicia.
Que al amparo de tal ley
son vanos justos resortes.
REY. Dada fue esa ley en Córtes
y toca observarla al Rey.
Si ellas derogan el uso
que lamentais agraviado,
el Rey se pondrá del lado
que limite tanto abuso.

Mas por mi cetro real
os juro, en bien de mis greyes,
que se han de aplicar las leyes
en mis reinos por igual.
Así no habrá caballero
que ofenda en Santiago el Verde,
y que luégo me recuerde
que es más que injusto mi fuero.

DUQUE. Esas palabras, señor,
prueban tanto en vuestro labio
que os ha hablado de mi agravio
ese infame matador.
Causa fatal de mis duelos,
justicia en su contra exijo,
que era rival de mi hijo
y le asesinó por celos.
Y de su torpe malicia
su evasion me persuade;
¿Quién, si no es reo, se evade
de manos de la justicia?
¿Cómo honrado puede ser
quien tal infamia atesora,
que busca el perdon ahora
de manos de la mujer
que adoraba su rival?
¡Si esto pasa de la raya!...
Si amparo busca en la Maya!
¡Si ambos son tal para cual!
Si han venido á sorprender
vuestra bondad y favor!...
Señor, justicia, señor,
evitad darla el poder.
Que con malicia infernal
y con femenil malicia
será hollada la justicia,
burlado el poder real.

REY. ¡Qué extraña combinacion
de sucesos! (Á Lope.) ¿Qué os parece?
¿Este caso no merece
que suspenda la funcion?

LOPE. Señor, primero es la cruz
que esa mundana querella.

REY Decis bien!... ¿quién sabe si ella
nos dará más clara luz!...
DUQUE. Señor, dejad que me vaya,
pues mi presencia os molesta.
REY. Lope, que empiece la fiesta. (Sale Lope.)
(Al duque.) Quedad, y honrad á la Maya.

ESCENA X.

El REY, el DUQUE.

DUQUE. (Con asombro.) Señor!
REY. Costumbre hace ley.
DUQUE. ¡Esto mi orgullo traspasa!
REY. ¿No quereis honrar mi casa?
DUQUE. Señor... (Queriendo salir.)
REY. (Severo.) Os lo manda el Rey.
Si vos teneis la razon
y hacerla podeis valer,
acusad á esa mujer
y probad la acusacion.

ESCENA XI.

DICHOS, PAJES, GENTILESHOMBRES: los pajes llevarán una bandeja con el cetro y la corona y la pondrán sobre el altarillo de la Cruz. Entre tanto, las galerías bajas se coronan de guardias y de gentes del pueblo.

EL PUEBLO. (Entrando.)
Viva el Rey!
UN GUARDIA. Guarden silencio.
UN ZAGALON. Cuánta luz!
UNA MUCHACHA. ¡Y cuántas flores!
UN HOMBRE. (Á otro.)
No es aquel el Rey?
EL OTRO. El mismo.
EL PUEBLO. ¡Que viva el rey!
GUARDIAS. (Á derecha é izquierda.)
Órden!... órden!...
UNA MUJER. (Chillando.) No empujen de tal manera!
OTRA. (Gritando.)

Jesús!... Jesús!... que me rompen.
UN VALENTON. ¿Que han de romperla, chillona?
chiton ó le alumbro un cosque.
LA MUJER. (Con desden.) Miren qué señor valiente!
cuidado no se incomode!...
EL VALENTON. No haga usarced tantos dengues,
que se le caerá el revoque!
LA MUJER. (Con ira.) Rufian!
EL VALENTON. Calle la buscona,
que tiene lengua de gozque.
UN GUARDIA. Vamos guardando silencio
ó los echo á puntillones...
EL VALENTON. Si esta dueña...
EL GUARDIA. Chiton, digo.
LA MUJER. ¡Soplon!
EL GUARDIA. (Irritado.) Pues como me amosque!

ESCENA XII.

DICHOS, DIEGO, CELIA.

DIEGO. Celia! ¿pues cómo en palacio?...
CELIA. ¿Quién puede haber que me otorgue
favor sino el Rey de España,
que es amparadar del pobre?
Rezando al pie de la Vírgen,
la Vírgen de los Dolores,
por la vida de mi hijo
pidieron mis oraciones.
Ay, Diego!... ¿Quereis creerlo?
Á mis súplicas y voces,
paréceme que la Vírgen
de mi pena condolióse,
y mirándome risueña,
me dijo: «Mujer, no llores,
vé á palacio, espera y fia
en mi proteccion.»
DIEGO. Y entónces...
CELIA. Temblando me eché á la calle,
y aquí estoy.
DIEGO. (Santiguándose.) ¡Que Dios me ahogue
si esto no es milagro!

CELIA. (Vivamente.) Diego!...
¿No es Pedro aquel? (Señalando fuera.)
DIEGO. ¡Por san Roque
que es él, y Lorino y todo!...
CELIA. Ay, Diego!... el cielo me oye!
(El Rey sube al altarillo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PEDRO y LORINO.

LORINO. (Á Pedro.) No es tu madre?
PEDRO. (Corriendo á ella.) Madre mia!
CELIA. (Abrazándole.) Pedro, no estás en prisiones?
PEDRO. Gracias á Lorino!
LORINO. Al cielo
y al filo de este mandoble.
CELIA. Qué haceis aquí?
LORINO. Amigos somos
del Rey.
CELIA. Del Rey?...
LORINO. (Con gravedad cómica.) ¡Es gran hombre!
que posada, cena y todo
nos da en palacio esta noche.
EL GUAR. Silencio!...
LORINO. Luégo hablaremos.
UN PAJE. Plaza á la Maya, señores!
LORINO. (Á Pedro.) Mírala!
PEDRO. No quiero verla.
LORINO. ¡Voto á Dios! por ella corre (Con entusiasmo.)
aquel romance que dice,
y parece hecho de molde:
—«sale la estrella de Vénus
al tiempo que el sol se pone.»

ESCENA XIV.

DICHOS, ANA vistosamente prendida y seguida de las damas sube al altarillo y se coloca frente del Rey, que despues de un momento se levanta de su asiento, toma el cetro y se dirige á Ana con mucha cortesía.

REY. (Á Ana.) Niña, en tus manos de rosas
el Rey su cetro depone,
que por tu mucha hermosura
regir debieras el orbe.
Breve es, niña, tu reinado,
mas lo breve no te importe,
que se ha de hacer mientras dure
todo cuanto te acomode.
(Inclina una rodilla.)
En prueba de ello permite
que el Rey á tus piés se postre,
y de tu imperio absoluto
primer vasallo se nombre.
Dame que tus manos bese,
que siendo ramos de flores,
tras de mí deben honrarte
príncipes, duques y condes.
(Besa las manos de Ana.)

PAJE. (Gritando.) Que viva la Maya!...

PUEBLO. (Alborozado.) ¡Viva!

REY. Hónrenla mis servidores.
(Suena música. Las damas y caballeros, van por órden besándola las manos, exceptó el Duque, al cual se aproxima el Rey despues que baja del altarillo.)

REY. (Al Duque.) No besais, Duque?...

DUQUE. No beso.

LORINO. (Á Celia.) Allá está el Izcariote:
con mala cara al Rey mira
y el Rey mal gesto le pone.
Si yo fuera el Rey de España,
le daba más pescozones...

PAJE. Atencion, que habla la Maya.

CELIA. Qué irá á decir?

PEDRO. (Con asombro.) ¡Cielos!

LORINO. Oye.

(Profundo silencio en todos.)

ANA. Señor, permitid que os rinda
gracias por tantos honores,
que el mostrarse agradecidos
es de honrados corazones.
Pagado el justo tributo
que debo á vuestros favores,
quiero aquí honrar vuestro cetro
aunque se extrañe la córte.
Todo reinado comienza
entre albricias y perdones,
yo esclava de tal costumbre
quiero que un perdon se otorgue.

PEDRO y CELIA. Cielos!...

CORTS. (Murmurando.) ¿Qué dice?

DUQUE. (Al Rey.) Estais viendo?

REY. (Al Duque.) Callad; sepamos que expone.

ANA. Há poco en Santiago el Verde
que un hombre mató á otro hombre;
hoy el matador espera
que la justicia le ahorque.
Mató con razon y celos...

DUQUE. ¡Miente, señor! (Con soberbia.)

ANA. (Con imperio.) ¿Quién se opone
á cuanto dice la reina,
pues reina soy esta noche?

LORINO. Bien dicho!... Viva la Maya!

PUEBLO. Viva la Maya!

GUARDS. Órden!... Órden!...

REY. Quien no respete sus fueros
la fiesta al punto abandone.
(Á Ana.) Seguid, que el Rey os ampara.

PUEBLO. ¡Viva el Rey!...

ESCENA XV.

DICHOS, QUEVEDO, que entra presuroso.

QUEV. Qué tole tole!
presumo que llego á tiempo,
que en hora buena ocurrióme

ir á arrancar al herido
generosas confesiones.

PAJE. Silencio, que habla la Maya,
guardad atencion, señores.

ANA. (Con energía.) Mató con razon y celos,
celos y razon le abonen,
y quede libre, que es digno
de que su valor se honre.

(Pedro y Celia se abrazan. Murmuran los cortesanos.)

REY. Niña, la justicia tiene
la ley del cielo por Norte:
Rey que su fallo no acata
contra el mismo Dios se opone,
que en la frente de los jueces
su cetro divino rompe.
El matador es villano,
era el muerto grande y noble,
su padre anciano le llora
y pide justicia á voces:
¿quién habrá quien se la niegue
siendo justos sus clamores?...

LORINO. (Ap. á Pedro.)
Pardiez, que el rey se nos vuelve!...

PEDRO. ¿Qué extraño si el rey es hombre?

ANA. Señor!...

CELIA. (Vivamente y con gran ansiedad.)
Oid que replica.

ANA. Vuestra majestad perdone
de que en esta causa extraña
por el matador abogue.
Los jueces, ántes que jueces,
han nacido, señor, hombres;
la ley divina en sus manos
ó se tuerce ó se corrompe.
Cuando la tuercen lisonjas,
ó promesas ó temores,
bien es que su desagravio
el Rey á su cargo tome.
Á vos, señor, han llegado
muy torcidos los informes,
que yo sé que el muerto era

mal guardador de atenciones.
En la boca de una niña,
procaz, insolente y torpe,
puso sus labios profanos
con mengua de sus blasones.
Vió el desacato su novio,
y cara á cara matóle,
que á noble sube el villano
si á villano baja el noble.
La ley del honor es una
en el campo y en la córte,
quien venga su honor altivo
cumple como corresponde.
Si su padre llora al muerto,
dejad, señor, que lo llore.

LORINO. (Sin poderse contener.)
Justo, que no lo merece
quien fué de su honor azote.

REY. Callad, buen hombre.

LORINO. Ya callo,
¡Vuesa majestad perdone!

ANA. Mayor compasion se debe
á una madre anciana y pobre,
que entre duelos y congojas
á tragos la muerte sorbe.
(Celia llora abrazada á Pedro.)
Sangre derraman sus ojos,
sangre por su rostro corre,
que el hijo de sus entrañas
la muerte aguarda en prisiones.
(Va descendiendo del altarillo hasta venir cerca del Rey.)
¿Y qué diré de la niña
causa de tantos horrores?
Sin color en las mejillas,
con entrecortadas voces,
ante el Rey de España pide
la vida de sus amores. (Rompe á llorar.)
Señor, matarle es matarme,
(Se arrodilla y el Rey la levanta.)
dadme su vida por dote,
(Pedro la mira enternecido y estrecha la mano á Diego.)

si no quereis que de reina
mis privilegios invoque.
Vuestro cetro está en mi mano,
respeto este cetro impone.
¿Quién negándole obediencia
manchará sus resplandores?...

LORINO. Dice bien!... ¡Viva la Maya...

PUEBLO. Viva!... ¡que el perdon se otorgue!...

REY. (Al Duque.) Qué dice de esto el buen Duque?

DUQUE. (Torbo.) Nada digo.

REY. Eso responde?
¡Mirad que vuestro silencio
en grave apuro me pone!

QUEV. (Á Lope.) Si yo fuera Rey!...

REY. (Volviéndose á Quevedo vivamente.) Qué hicierais?

QUEV. Señor, yo hablaba con Lope!...

REY. (Con imperio.) Diga su opinion!

QUEV. La quiere?
Pues dígola y no se enoje.
(Mucha atencion.)
Por la boca de esa niña
han hablado los doctores:
la ley es vara que mide
por igual á todo zote,
llámese el zote don Bueso,
ó llámese Juan Bodoque. (Risas.)
Si al noble mató el villano,
récenle dos *pater noster*,
que harto se hace con rezarle
para que Dios le perdone. (Risas.)
En cuanto al novio, es muy justo,
pues mató, que se le ahorque;
(Movimiento de horror.)
mas muera ahogado en los brazos
de esa linda Maritornes.
Quien se casa, ¿no se ahorca?
(Movimiento de alegría.)
pues que lo casen al trote
y viva en cárcel pérpetua
temiendo que le encorocen,
que tales sustos merece
quien á tal riesgo se expone. (Risas.)

Así cumple el Rey con todos,
cumple cual monarca y noble,
que no es bien que en esta chica
fueros antiguos derogue.
Ademas, la cruz de Cristo
presencia estas discusiones,
y fuera gran desacato
desairar á quien nos oye.
No es noche de luto aquesta
que es de jolgorio esta noche:
ya que la cruz se celebre,
celébrese con perdones,
que así el Rey á Dios imita,
pues que en ella salvó al hombre.

PUEBLO. (Palmoteando.) Vitor por Quevedo!

TODOS. (Gran algazara.) ¡Vitor!...
Que al punto el perdon se otorgue!...

DUQUE. Sin el perdon de la parte
son vanos tales clamores.
(Terror en Celia, Pedro, Lorino y Diego.)

QUEV. Perdonad, que aquí lo traigo
escrito en breves renglones.

DUQUE. ¿De quién es?... (Atencion en todos.)

QUEV. De vuestro hijo;
ved si la firma es conforme. (Se la muestra.)
Dice así:—«Por mi reposo
»y por bien de mi conciencia,
»ruego y suplico á la Audiencia
»que deje en paz al Gancho.
»Razon sobrada le dí
»para hacer lo que en mí ha hecho;
»le perdono de derecho,
»y Dios me perdone á mí.» (Mucho silencio.)

REY. Qué decis?

DUQUE. Si él perdonó,
nada, señor, os exijo;
(A todos.) orad porque sane mi hijo,
y tambien perdono yo.
(Movimiento de gran alegría.)

CELIA. (Saliendo.) Dejad que os bese los piés
una madre agradecida.

PEDRO. ¡Ah señor, tomad mi vida,

que vuestra mi vida es!

DUQUE. Mia no; de esta belleza,
que tan bien te defendió.
(Se estrechan las manos Pedro y An ? .

REY. (Dándole la mano.) Bien, primo: así quiero yo
en mis reinos la grandeza;
que ser generoso es ley
en quien nace caballero.
Siga la fiesta.

LORINO. Primero
digan todos ¡viva el Rey!...

PUEBLO. Viva!...

LOPE. Á Quevedo aplaudid.

TODOS. Que viva!

LOPE. (Al Rey.) Y si no os molesta,
ántes que empiece la fiesta
diré unas coplas.

REY. Decid.

(Movimiento de curiosidad en todos: Lope se coloca en el centro, y al compás de una música suave recitará estos romancillos.)

ESTRIBILLO.

LOPE. *Igual precio las flores*
para Dios tienen;
lo mismo son tomillos
que son claveles.

—

Galanes caballeros,
nobles, valientes,
que bajais á Santiago,
Santiago el Verde:
respetad el recato
de las mujeres,
que el que no las respeta
la vida pierde.
Fueros y privilegios
ya no os defienden,
que el Rey de las Españas
con razon quiere,
que en su gran monarquía

sean sus leyes
escudo para el pobre
terror del fuerte. (Señales de aprobacion.)

—

Muchachas de la villa,
niñas alegres
que bajais á Santiago,
Santiago el Verde.
Tejed ricas guirnaldas
para las sienes
de la Maya donosa
de ojos ardientes
que á su amante ha arrancado
de entre la muerte.
Cuando en su blanco seno
pose la frente
y arrullado en caricias
sus labios bese,
diga á veces llorando,
risueño á veces:
«Que viva el Rey de España
justo y clemente,
que á las niñas que lloran
su amor las vuelve.»
(Aplausos de la Córte.)
Que igual precio las flores
para Dios tienen,
lo mismo son tomillos
que son claveles.

LORINO. Que viva Lope.
TODOS. Viva!
REY. ¡La fiesta empiece! (Cae el telon.)

FIN.

NOTA.

Los directores de escena podrán adquirir la música de esta comedia en la Administracion de El Teatro.



PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante..	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. García de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Oloña.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. García.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. García, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.